
HARLEQUIN
Bianca
SHARON
KENDRICK
EL AMOR NO ES PARA MÍ



Sharon Kendrick

El amor no es para mí



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El amor no es para mí, n.º 2402 - julio 2015
Título original: The Housekeeper's Awakening
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6773-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Los dedos de Carly se detuvieron en seco cuando una voz furibunda retumbó por toda la casa como un trueno.

–¡Carly!

La joven se miró las manos. La harina de maíz se le había metido debajo de las uñas.

«¿Y ahora qué?», pensó.

Podía intentar ignorarle, pero… ¿qué sentido tenía? Su jefe, siempre brillante, malhumorado y volátil como la pólvora, quería algo y lo quería para el día anterior, o antes, a ser posible. Luis Martínez era un hombre decidido, entregado a su trabajo y a las metas que quisiera conseguir, incluso cuando operaba al cincuenta por ciento de su capacidad habitual. Ese cincuenta por ciento de su capacidad, no obstante, hubiera sido «pleno rendimiento» para la mayoría de los hombres.

Carly hizo una mueca. ¿No había roto la paz suficientes veces durante las semanas anteriores, con sus órdenes incesantes y su mal talante? Carly sabía que esa vez tenía una buena razón para mostrarse más exigente que nunca, pero aun así… Había perdido la cuenta de todas las veces que había tenido que morderse la lengua cada vez que escupía una orden con arrogancia y prepotencia. A lo mejor esa mente privilegiada suya se centraba en otra cosa si fingía que no le había escuchado. A lo mejor, si lo deseaba con suficiente ahínco, él acabaría yéndose y la dejaría tranquila.

«Preferentemente para siempre», pensó Carly.

–¡Carly!

El grito había sonado más impaciente que nunca, así que Carly se quitó el delantal y se soltó la coleta. Se lavó las manos rápidamente y se dirigió hacia el complejo del gimnasio, situado al fondo de la casa. Luis Enrique Gabriel Martínez estaba en su sesión de rehabilitación con el fisioterapeuta.

Se suponía que estaba haciendo rehabilitación, tras aquel accidente de coche al que había sobrevivido de milagro, pero Carly ya empezaba a preguntarse si esas sesiones no habrían pasado del plano profesional al personal. De ser así, eso seguramente explicaba por qué la fisioterapeuta, sobria y seca en un principio, había empezado a ponerse cada vez más maquillaje y a envolverse en una nube de

perfume antes de llamar a la puerta. Pero eso era lo normal. Luis Martínez tenía algo especial para las mujeres. Era algo que tenía que ver con esa apariencia sureña y rústica y esa voracidad con la que vivía la vida y que muchas veces le hacía rozar el peligro.

No había nada que se interpusiera en el camino de Luis Martínez. Tenía una habilidad extraordinaria para hacer que las mujeres cayeran rendidas a sus pies, aunque estuviera tumbado en una cama de hospital. ¿Acaso no se habían presentado en la casa casi todas las enfermeras cuando se había marchado del hospital por voluntad propia, sin que le dieran el alta? Habían desfilado por la puerta, esbozando sonrisitas nerviosas y dando excusas vagas para justificar sus inesperadas visitas. Pero Carly sabía muy bien por qué estaban allí. Un millonario sexy y obligado a estar en la cama era un objetivo irresistible. Sorprendentemente, no obstante, las había despachado a todas con rapidez, incluso a la rubia platino de las piernas largas.

Carly se alegraba de ser una de las pocas mujeres que eran inmunes al encanto del argentino, aunque la verdad era que jamás había intentado encantarla. Tal vez esa era una de las ventajas de ser del montón. Un jefe digno de la portada de una revista siempre la miraría como si fuera parte del mobiliario, pero eso le daba libertad y le permitía hacer su trabajo y esforzarse para conseguir un futuro mejor. Además, no podía olvidar todas esas cosas malas que también tenía, como su egoísmo, una inquietud constante y una temeridad peligrosa, por no hablar de esa pequeña manía de dejar tazas de café por toda la casa.

Al llegar al complejo del gimnasio, Carly titubeó un momento y se preguntó si no era mejor esperar a que terminaran de darle el masaje.

–¡Carly!

¿Acaso la había oído acercarse, aunque sus pasos fueran prácticamente inaudibles con esas zapatillas viejas que llevaba? Se decía por ahí que los sentidos de Luis Martínez eran tan finos como sus coches, y que era por eso por lo que había sido el rey de las carreras durante tanto tiempo.

Carly se lo pensó dos veces, no obstante.

–Carly, ¿vas a dejar de merodear y a entrar de una vez?

Su tono de voz, aún más alto, sonaba arrogante y dictatorial. Muchos se hubieran sentido ofendidos, pero a esas alturas Carly ya estaba acostumbrada a Luis Martínez.

«Perro ladrador, poco mordedor», se dijo, aunque tampoco estuviera segura del todo.

Al parecer, a su novia más reciente le encantaban sus mordiscos.

¿Por qué si no se empeñaba en presentarse en el desayuno durante su breve aventura para exhibir los cardenales que tenía en el cuello como si fueran motivo de orgullo, como si hubiera pasado la noche en

brazos de un vampiro?

Consciente de que no podía posponer más el momento, Carly abrió la puerta del gimnasio y entró. Luis Martínez estaba tumbado boca abajo sobre la estrecha mesa de masajes, con la cabeza apoyada sobre las manos. Su cuerpo bronceado se dibujaba a la perfección sobre la sábana blanca. Su mirada la atravesó de inmediato y sus ojos negros reflejaron algo que parecía alivio.

«Extraño», pensó Carly. Se toleraban bastante bien el uno al otro, pero no había ningún tipo de afecto entre ellos. O tal vez no era tan extraño después de todo. Rápidamente notó la tensión que había en la habitación y se percató de dos cosas. Mary Houghton, la fisioterapeuta, estaba de pie en el extremo más alejado de la estancia. Parecía respirar con dificultad y no levantaba la vista de sus zapatos. Luis, por otro lado, estaba completamente desnudo. Lo único que le tapaba era un conjunto de tres toallas situadas estratégicamente en torno a la ingle.

Carly sintió un rubor repentino en las mejillas y no pudo evitar enojarse consigo misma. ¿No tendría que haber tenido la decencia de cubrirse antes de decirle que entrara? Esa no era forma de recibir a un empleado, y él debía de saberlo. Le resultaba incómodo verle así, semidesnudo, con el pecho y las piernas al descubierto.

Llevaba mucho tiempo manteniéndose al margen de los hombres y de todas las complicaciones que acarreaban. La experiencia la había hecho desconfiada, pero, por una vez, todos sus miedos y complejos respecto al sexo opuesto quedaron suspendidos durante unos segundos mientras contemplaba a su jefe con fascinación.

Mientras le observaba, entendió por qué era tan fácil que las mujeres le adoraran, y también comprendió por qué la prensa solía llamarle «La Máquina Sexual» cuando estaba en la cumbre del éxito y era campeón del mundo de las carreras. Por aquella época ya había oído hablar de él. Todo el mundo había oído hablar de él en realidad.

Su rostro estaba en todas partes por aquel entonces, en las pistas o fuera de ellas. Cuando no estaba sobre el podio, rodeado de galardones y bañando en champán a las multitudes enardecidas, su imagen aparecía en todas las vallas publicitarias.

Pero Luis Martínez era algo más que un tipo apuesto. Incluso Carly se daba cuenta de ello. Había algo salvaje en él, algo indomable. Era el trofeo que jamás estaba al alcance de nadie, el objeto de deseo al que ninguna podía aferrarse durante demasiado tiempo. Su cabello negro azabache, algo más largo de lo normal, le daba un aspecto aventurero, y esos ojos negros la miraban de una forma que la hacía sentirse cada vez más nerviosa.

Dándose la vuelta, Carly miró a Mary Houghton, que llevaba semanas visitando la mansión. Con su cuerpo perfecto y su pelo

radiante, la fisioterapeuta estaba tan hermosa como siempre, vestida con el impecable uniforme blanco que siempre la acompañaba. Había, sin embargo, cierto gesto de angustia en su rostro.

–Bueno, aquí estás por fin –dijo Luis. Su voz estaba cargada de sarcasmo–. Por fin. ¿Has tenido que tomar un vuelo desde el otro lado del mundo para llegar hasta aquí? Ya sabes que no me gusta que me hagan esperar.

–Estaba ocupada haciendo unos alfajores, para que te los tomes luego, con el café.

–Ah, sí –asintió sin muchas ganas–. Lo tuyo no es la puntualidad, pero nadie puede negar que eres una excelente cocinera, y tus alfajores son tan buenos como los que solía comer de niño.

–¿Querías algo en especial? –le preguntó Carly–. Este tipo de horneado no admite demasiadas interrupciones.

–Tú no sabes llevar una agenda como es debido, así que no me des lecciones –dijo, volviéndose hacia Mary Houghton. Por alguna razón, la fisioterapeuta se había puesto muy roja–. Me parece que a Carly se le olvida con demasiada frecuencia que una buena ama de llaves debe ser sumisa, pero es una empleada muy capaz, así que estoy dispuesto a tolerar una pequeña insubordinación de vez en cuando. ¿Crees que ella puede hacerlo, Mary? ¿Crees que puede ponerme en plena forma como antes, ahora que estás empeñada en dejarme?

A esas alturas, Carly ya había dejado de pensar en los pastelitos argentinos que tanto le gustaban a Luis. Aquella extraña interacción había captado todo su interés y ni siquiera le molestaba que hablaran de ella como si fuera un objeto inanimado. Quería saber por qué Mary Houghton no dejaba de morderse el labio como si algo horrible hubiera pasado.

¿Acaso había pasado algo horrible?

–¿Pasa algo?

Mary Houghton le dedicó una sonrisa cálida a Carly, acompañada de un gesto con los hombros.

–No exactamente. Pero mi relación profesional con el señor Martínez ha llegado a su… fin. Ya no necesita los servicios de una fisioterapeuta –le dijo. Durante una fracción de segundo, su voz sonó insegura–. Pero va a seguir necesitando masajes y ejercicios durante las próximas semanas de manera regular para que pueda recuperarse del todo, y alguien tiene que estar al tanto.

–Muy bien –dijo Carly, sin saber muy bien adónde iba aquella conversación.

Luis le clavó la mirada. Sus ojos negros la taladraban como dos rayos láser.

–No tendrás problema en sustituir a Mary durante un tiempo, ¿no? Eres buena con las manos, ¿verdad?

–¿Yo? –exclamó Carly, estupefacta.
–¿Por qué no?
Carly abrió los ojos. De repente todos esos miedos latentes la asediaban sin piedad.
–¿Quieres que te dé masajes?
Los ojos de Luis Martínez brillaron de repente. Carly no sabía si se estaba divirtiendo con todo aquello o si, por el contrario, la idea le desagradaba.
–¿Qué pasa? ¿Por qué te resulta tan horrible la idea, Carly?
–No. No es eso. Por supuesto.
«Por supuesto que es eso», se dijo a sí misma.
Luis Martínez se hubiera echado a reír de haber sabido que era la persona menos indicada para ejercer de masajista sustituta. Si hubiera sabido lo poco que sabía de los hombres…
Carly se encogió de hombros. Las mejillas le escocían.
–Es que… Bueno, nunca le he dado un masaje a nadie.
–Oh, eso no va a ser un problema –dijo Mary Houghton de repente–. Puedo enseñarte las técnicas básicas. No es difícil. Y si eres buena con las manos, no vas a tener problemas con ello, con los ejercicios, quiero decir. Son muy fáciles de hacer, y el señor Martínez ya sabe cómo hacerlos bien. Lo más importante es que te asegures de que cumpla el horario.
–¿Crees que puedes hacerlo, Carly?
Ese suave deje de americano sureño le acarició los oídos, y la intensidad de su mirada la hizo sentir mareos. Luis Martínez nunca la había mirado así antes. Era como si estuviera calculando algo, poniéndola a prueba… ¿Acaso estaba pensando lo que muchos otros habían pensado antes? ¿Acaso estaba pensando que era del montón, insignificante y común?
¿Se hubiera sorprendido Luis Martínez de haber sabido que ella lo prefería así?
Carly intentó mantener a raya todos esos pensamientos que la acosaban.
–Seguro que hay otra persona que pueda hacerlo, ¿no?
–No quiero que lo haga ninguna otra persona. Te quiero a ti. ¿O acaso tienes otras cosas que hacer, Carly? ¿Tienes otras obligaciones que te impiden ocuparte de esto? ¿Hay algo que deba saber? Después de todo, soy yo quien te paga el salario, ¿no?
Carly cerró los puños. La tenía contra la pared y ambos lo sabían. Él le pagaba un jugoso sueldo, y la mayor parte del dinero iba a parar a su cuenta de ahorros para pagar la escuela de medicina. Su trabajo en la casa le permitía disponer de mucho tiempo libre para estudiar y el empleo era bastante cómodo. Luis pasaba la mayor parte del tiempo fuera del país y su residencia en Inglaterra no estaba entre sus

favoritas. Carly ni siquiera entendía por qué se molestaba en mantener una mansión como esa y una vez se había atrevido a preguntarle a su asistente.

–Impuestos –le había dicho el fornido exluchador.

Su tarea era mantener la casa habitable en caso de que Luis decidiera pasar allí una temporada. De hecho, en ese momento no tendría que haber estado allí, pero se había empeñado en participar en una carrera benéfica que le había hecho pasar varias semanas en el hospital recuperándose de una fractura de pelvis.

Carly le miró. ¿Cómo iba a darle masajes a Luis Martínez sin hacer el ridículo?

–Solo me preguntaba si no sería mejor que buscaras a otro profesional –le dijo.

Luis miró a Mary Houghton un instante. La mueca de sus labios no pasó desapercibida para Carly.

–¿Nos dejas un momento, por favor, Mary?

–Claro. Yo… hablamos cuando termines, Carly –la fisioterapeuta hizo una pausa–. Adiós, Luis –dijo, ofreciéndole la mano–. Ha sido… bueno, ha sido genial.

Él asintió, pero la frialdad de su expresión permaneció intacta. Se apoyó en el codo un momento y le estrechó la mano a la fisioterapeuta.

–Adiós, Mary.

Se produjo un silencio cuando Mary abandonó la habitación. Luis se incorporó de inmediato y señaló con un gesto impaciente. Quería el albornoz que estaba detrás de la puerta.

Ella le dio lo que le pedía y apartó la mirada un instante.

–¿Por qué te muestras tan reticente a hacer lo que te pido? –le preguntó él una vez vestido–. ¿Por qué estás siendo tan testaruda?

Carly guardó silencio durante un momento.

¿Se hubiera reído de ella de haber sabido que lo que le proponía la asustaba? ¿Se hubiera sorprendido al enterarse de que había dejado que una experiencia horrible la condicionara de por vida? ¿Se hubiera reído de ella Luis Martínez si hubiera sabido que se había pasado casi toda la vida huyendo del contacto personal que buscaban casi todas las mujeres de su edad? Alguien como Luis Martínez probablemente le hubiera dicho que siguiera adelante, como hacía todo el mundo… como si fuera tan fácil…

Pero no solo se trataba de lo que le había ocurrido a ella. No veía más que problemas si accedía a la propuesta, porque los hombres ricos y poderosos como Luis no acarreaban más que problemas. Su propia hermana se había pasado la vida persiguiendo a esa clase de hombres, tropezando una y otra vez con la misma piedra.

Recuerdos de aquellas locas escapadas de Bella la asaltaron de

repente.

–No quiero descuidar mis tareas como ama de llaves.

–Entonces busca a otra persona para que cocine y limpie. No creo que sea muy difícil.

Carly se sonrojó.

–Tú puedes buscar a una masajista profesional que, sin duda, va a hacerlo mucho mejor que yo.

–No –le dijo él en un tono que rozaba la exasperación–. Estoy cansado de tener que tratar con extraños, cansado de la gente que tiene otras metas y objetivos, gente que entra en mi casa y que me dice lo que tengo que hacer y lo que no. ¿Cuál es el problema, Carly? ¿Te opones porque la tarea de darle masajes a tu jefe no aparece especificada en tu contrato?

–No tengo contrato.

–¿No tienes?

–No. Cuando hice la entrevista para el trabajo me dijiste que, si no confiaba en tu palabra, entonces no era la clase de persona que estabas buscando.

Una sonrisa arrogante apareció en los labios de Luis.

–¿De verdad dije eso?

–Sí. Lo dijiste.

La sonrisa se le borró de golpe.

–Me estoy cansando de esta discusión. ¿Estás dispuesta a ayudarme o no?

La amenaza implícita que se escondía tras sus palabras no pasó inadvertida para Carly.

–Estaría dispuesta si tú estuvieras dispuesto a darme un plus.

–¿Un plus de peligrosidad? –le preguntó en un tono de burla. Haciendo una mueca, bajó las piernas de la camilla.

–Sí. Eso es. Un plus de peligrosidad –dijo Carly, siguiendo con el sarcasmo y rehuyendo su mirada una vez más–. No podría haberlo dicho mejor.

Él dejó escapar una pequeña risotada.

–Es curioso. Jamás pensé que fueras una buena negociadora, Carly.

–¿Ah, no? ¿Por qué?

Luis no contestó de inmediato. Estaba concentrado en estirar las caderas, tal y como Mary le había enseñado. No iba a molestarse en decirle a su insulsa ama de llaves que acababa de confirmarle la creencia de que todo el mundo tenía un precio. Nunca era buena idea molestar a una mujer, a no ser que no hubiera forma de evitarlo. Muchas veces, no obstante, no había manera de evitarlo, porque normalmente no escuchaban cuando se les hablaba.

O de lo contrario empezaban a enamorarse, aunque nadie les hubiera dado el más mínimo motivo para ello. Ese había sido el error

de Mary Houghton. La cosa había ido a más día tras día, y al final apenas era capaz de mirarle a los ojos sin sonrojarse. Le había dejado bien claro que estaba dispuesta a tener una aventura y… él se había dejado tentar. No hubiera podido hacer otra cosa. Mary era una mujer muy hermosa y además había leído en algún sitio que las fisioterapeutas eran muy buenas amantes porque sabían muy bien cómo funcionaba el cuerpo humano.

Se volvió hacia Carly. Al menos con ella no tenía nada que temer porque la atracción sexual jamás asomaría la cabeza en esa ocasión.

De repente, Luis se sorprendió a sí mismo preguntándose si tendría un espejo en su dormitorio. ¿Acaso no veía lo que veía el resto del mundo?

Llevaba el pelo, grueso y castaño, recogido en una coleta y no llevaba nada de maquillaje. Nunca había visto rastro alguno de máscara en esas pestañas pálidas que rodeaban unos ojos del color del té helado, ni tampoco pintalabios. Un poco de colorete le hubiera dado algo de vida a esa tez clara… Siempre se había preguntado por qué se empeñaba en llevar una bata azul encima de la ropa que llevaba durante las horas de trabajo. Ella le decía que lo hacía para proteger su ropa, pero, por lo que había visto, esa ropa que llevaba siempre no parecía necesitar mucha protección. Según decían, los tejidos sintéticos eran incómodos y también resultaban muy desfavorecedores cuando se estiraban demasiado sobre cuerpos curvilíneos y poco apetecibles como el de ella.

Luis estaba acostumbrado a las mujeres que hacían un arte de la feminidad, mujeres que invertían muchísimo tiempo y dinero poniéndose preciosas y que después pasaban el resto de sus vidas intentando preservar ese estado. Carly, sin embargo, no era una de ellas. Definitivamente no lo era.

Luis esbozó una seca sonrisa.

¿Qué era lo que decían los ingleses?

«No juzgues al libro por la portada», recordó.

El viejo refrán sí tenía algo de verdad, no obstante, porque, a pesar de su fealdad y la ausencia total de adornos femeninos, nadie podía negar que Carly Conner tenía espíritu. Por mucho que se esforzara, a Luis no se le ocurría ninguna otra mujer que hubiera dudado durante una fracción de segundo ante la idea de ponerle las manos encima.

Y esa era la razón por la que la quería para el trabajo. Necesitaba ponerse en forma, y tenía que hacerlo lo más pronto posible porque ese estado de inactividad le estaba volviendo loco.

Lo único que quería era volver a sentirse normal. Odiaba el mundo que le rodeaba, así que todo lo que podía hacer era verlo pasar por su lado. La inactividad le daba tiempo para pensar, y le hacía pensar que le faltaba algo. Quería volver a las pistas de esquí. Quería pilotar un

avión. Quería volver a sentir el desafío de un deporte de riesgo, sentir la adrenalina que le llenaba y que le hacía sentir vivo de nuevo.

Haciendo una mueca, se levantó de la cama.

–Dame las muletas, Carly.

Ella arqueó las cejas.

Él dejó escapar un gruñido.

–Por favor.

En silencio, Carly se las dio y le observó. Él las agarró con fuerza y se puso erguido. Era extraño ver a un hombre tan poderoso e impresionante como Luis Martínez con muletas, pero al menos parecía que ya empezaba a recuperarse. Los médicos habían dicho que había tenido suerte de haber salido casi ileso de aquel accidente.

Llevaba cinco años sin correr a nivel profesional, pero no había podido resistirse al torneo benéfico que habían organizado las grandes casas automovilísticas. Luis Martínez tenía una arrogancia innata que le hacía creerse indestructible.

Carly recordaba aquel día, cuando había recibido la llamada de teléfono y alguien le había dicho que le habían llevado al hospital. Con el corazón en la garganta, había conducido como una loca por esas estrechas carreteras rurales hasta llegar al lugar del accidente. Se había temido lo peor, pero allí le habían dicho que le habían llevado al Theatre y que no sabían cuál era su estado.

Recordaba muy bien el momento en que le había visto, totalmente solo en aquella sala de hospital. A pesar de todo su dinero y del éxito que le rodeaba, Luis Martínez estaba solo aquel día. Sus padres estaban muertos y no tenía hermanos. Ella había sido la única que había estado a su lado.

Se había quedado despierta toda la noche, sujetándole la mano y deslizando las yemas de los dedos sobre ella, diciéndole que todo iba a salir bien, aunque no pudiera oírla.

De repente, Carly volvió a la realidad. Los ojos de Luis Martínez la atravesaban. Estaba esperando una respuesta a una pregunta que en realidad no era más que una orden.

–Sí. Lo haré –suspiró–. Será mejor que vuelva y que hable con Mary para que me diga qué es lo que necesitas exactamente, aunque no sé por qué no podías seguir pagándole para que siguiera tratándote en privado.

Carly no tardó en encontrar la respuesta a esa pregunta. Mary Houghton estaba en el invernadero, de cara a los grandes ventanales.

¿Acaso estaba llorando?

–¿Mary? ¿Te encuentras bien?

Pasaron unos segundos hasta que la fisioterapeuta se dio la vuelta. Los ojos le brillaban, llenos de lágrimas.

–¿Cómo lo hace, Carly? –le preguntó con una voz temblorosa–.

¿Cómo lo hace para que mujeres sensatas y en su sano juicio como yo se enamoren de un hombre que ni siquiera les gusta? ¿Cómo es posible que me haya echado de la manera más fría y cruel y que yo siga pensando que es lo mejor que hay en el mundo?

Carly intentó hacer una broma. Cualquier cosa era buena para aligerar la atmósfera e intentar borrar ese terrible gesto de dolor que contraía el rostro de Mary.

–Bueno, a mí nunca me ha gustado mucho el pan de molde. Por eso me hago mi propio pan.

Mary tragó en seco.

–Lo siento. No debería haber dicho nada, y menos a ti. Tú trabajas para él todos los días y creo que te mereces mi compasión, y no al revés.

–No te preocupes. No eres la primera mujer a la que ha dejado llorando y no serás la última –Carly se encogió de hombros–. No sé cómo lo hace, si te soy sincera. No creo que lo haga de una forma calculada, y tampoco creo que sea intencionado. Es que tiene ese algo que vuelve locas a las mujeres. A lo mejor es inevitable cuando eres tan guapo, rico y poderoso.

–¿Sabes que nunca me había gustado un paciente hasta ahora? –le dijo Mary, interrumpiéndola–. Nunca. Ni una vez. Jamás se me había pasado por la cabeza, aunque no muchos hombres como Luis Martínez terminan en una sala de hospital. No puedo creerme que le haya dejado verlo –se mordió el labio–. Y es tan poco… profesional. Y humillante. Y ahora me ha pedido que me vaya. ¿Y sabes qué? Me alegro de irme.

Carly no sabía qué decir. De repente pensó que las cosas casi nunca eran lo que parecían. Siempre había creído que Mary Houghton era una de esas inglesas gélidas con un corazón de piedra.

La miró un momento.

–Lo siento mucho.

Mary apretó los labios.

–Oh, lo superaré. Y creo que es mejor que todo haya sido así. A lo mejor empiezo a salir con ese médico tan dulce que lleva semanas pidiéndome que salga con él. Es hora de olvidarse de un hombre que tiene fama de romperles el corazón a todas las mujeres. Bueno, te enseñaré todo lo que necesitas saber para que Luis Martínez vuelva a estar en plena forma –añadió, recuperando ese tono de voz que la caracterizaba.

–Pero solo si te encuentras bien.

–¡Carly, estoy bien! –dijo Mary, aunque en ese momento estuviera sacando un pañuelo de papel del bolso para secarse las lágrimas que salían de sus ojos sin parar.

Capítulo 2

El corazón de Carly latía como un tren porque… todo era muy extraño.

Colocó sus manos temblorosas sobre la espalda desnuda de Luis y respiró profundamente. Solo podía esperar que no se diera cuenta de lo nerviosa que estaba. Rezando en silencio, comenzó a hacer todo lo que le había dicho Mary. No era difícil. El masaje era un arte que requería habilidad, pero miles de personas lo hacían cada día.

Aunque la idea de tocarle la llenara de miedo, ya no había forma de dar marcha atrás. Él le estaba pagando un plus. Ese había sido el acuerdo al que habían llegado. Además, ¿no era una locura haber llegado a los treinta y todavía tener miedo de tocar a un hombre? Puso las manos sobre su piel bronceada y resplandeciente y pensó un momento. ¿Cómo había dejado que el pasado sangrara en el presente de esa manera? ¿Acaso iba a dejar que un sinvergüenza le arruinara la vida para siempre?

Si quería cumplir el sueño de convertirse en médico, tendría que tocar a la gente todos los días.

Apretando la base de las palmas contra la piel de Luis, comenzó a mover las manos. Era una suerte que él no pudiera verle la cara. De haberla visto en ese momento, se hubiera echado a reír al notar la vergüenza que la carcomía por dentro y por fuera.

Verle así, semidesnudo, resultaba ser toda una distracción. No llevaba nada más que unos calzoncillos ceñidos de color negro. Pensó en lo pálidas que parecían sus propias manos sobre la piel bronceada de Luis. Los dedos le temblaban, pero no podía evitarlo. Sorprendentemente, no obstante, los nervios no tardaron en disiparse en cuanto logró tomar un ritmo constante. Si se concentraba en el aspecto curativo del masaje, era sencillo ahuyentar los pensamientos turbadores. De alguna forma, era lo contrario a trabajar con la masa de hojaldre, que necesitaba movimientos rápidos y ágiles. Para el masaje tenía que embadurnarse las manos de aceite y los movimientos eran lentos y deliberados. Empujó con fuerza contra el músculo dorsal ancho y él dejó escapar un gemido.

–¿Está bien así? –le preguntó, nerviosa.

Él gruñó, sin aclararle nada.

–No te estoy haciendo daño, ¿no?

Luis sacudió la cabeza y se movió un poco. La toallita que llevaba sobre la ingle le rozaba cada vez más, pero no quería centrar su atención en esa zona.

«Dios mío», pensó Luis.

No. Ella no le estaba haciendo daño, pero no podía evitar preguntarse si trataba de torturarle. Apoyando la mejilla contra sus brazos cruzados, cerró los ojos. No era capaz de determinar si estaba en el infierno o en el cielo, aunque tal vez se tratara de una mezcla de los dos.

¿Qué estaba ocurriendo?

Podía sentir cómo se movían las manos de Carly sobre su espalda, arriba y abajo, deslizándose tentadoramente sobre el contorno de su trasero para finalmente aterrizar en la parte más alta de sus muslos. Luis tragó con dificultad. Los minutos transcurrían lentamente…

De repente se encontró perdido en las sensaciones que ella producía con sus manos. Aunque al principio hubiera titubeado un poco, se había hecho con la tarea rápidamente, como si hubiera nacido para tocar la piel de un hombre de esa manera. ¿Quién hubiera dicho que su apocada ama de llaves iba a tener manos de ángel?

Sin embargo, había sido todo un ejemplo de profesionalidad y eficiencia desde que había entrado por la puerta. No le había ofrecido más que una breve sonrisa antes de decirle que se tumbara en la camilla. En ningún momento había flirteado con él, y eso le hacía preguntarse por qué empezaba a sentirse tan excitado. ¿Cómo era posible que Carly, siempre sosa y tímida, hubiera logrado hacerle sentir así? ¿Acaso era porque no estaba flirteando con él y no estaba acostumbrado a ello? Durante un instante se la imaginó pidiéndole que levantara un poco el trasero para poder meter las manos por debajo. Se la imaginó tomando su miembro, cada vez más erecto, y frotándole hasta llevarle al clímax más extático.

La boca se le secó.

–No. No me estás haciendo daño –le dijo por fin.

Ella continuó trabajando en silencio. Sentía cómo se hundían sus dedos, cómo cedían los músculos bajo sus yemas… y era inevitable seguir fantaseando un poco más. Se preguntó cómo serían los pechos que tanto escondía detrás de esa horrible bata. Una imagen fugaz de unos pechos blancos con unos pezones sonrosados se coló entre sus pensamientos. Se imaginó trazando con la lengua un círculo húmedo alrededor de uno de esos pezones, y entonces volvió a moverse para ponerse más cómodo.

Ella debió de notar el movimiento porque sus manos se detuvieron.

–¿Seguro que no te estoy haciendo daño?

Luis volvió a mover la cabeza.

–No. Tienes un… don natural para esto. No me puedo creer que no

hayas hecho esto antes en toda tu vida.

–Mary me ayudó mucho. Me enseñó exactamente todo lo que tenía que hacer. Me dijo que si apretaba con firmeza sobre ciertas partes del cuerpo… así… sería muy efectivo. Y además anoche estudié muchas técnicas y leí consejos prácticos en Internet.

Luis no pudo contener el gruñido de placer que se le escapó de los labios.

–¿No tienes nada mejor que hacer un viernes por la noche que mirar técnicas de masaje en Internet?

Se produjo un silencio momentáneo.

–Me gusta hacer bien el trabajo, sea el que sea. Y me estás pagando un plus más que generoso por hacer esto.

Su hincapié en el aspecto económico acabó con los últimos reparos de Luis. ¿Por qué no iba a interrogarla?

–Entonces no hay por ahí ningún novio gruñón que se queje al ver que tu jefe te exige cada vez más horas extra, ¿no?

Se produjo otro silencio, algo más prolongado que el anterior. Carly pareció escoger las palabras con sumo cuidado.

–No tengo novio. No. Pero, si lo tuviera, no creo que este trabajo fuera compatible con ello, no si se tratara de una relación seria.

–¿Por qué no?

–Porque cuando estás aquí haces muchas horas y porque estoy viviendo en la casa de otra persona y…

–No entiendo por qué un trabajo de interna no puede ser compatible con una relación –le dijo Luis, interrumpiéndola con impaciencia–. No hace falta ser un genio para darse cuenta de ello. No. Me refería a por qué no tienes novio.

Carly se echó más aceite en las manos. Era difícil dar una respuesta razonable a esa pregunta.

–No estoy interesada en los hombres –dijo por fin.

–Ah. ¿Te gustan las mujeres?

–¡No! No soy… homosexual.

–Ah –Luis volvió la cabeza hacia un lado.

Carly podía ver una sonrisa en sus labios.

–Entonces, ¿cómo es que no hay ningún hombre en tu vida?

–Me vuelve loca que la gente diga eso. Es la primera cosa que todo el mundo le pregunta a una mujer sola –comenzó a masajearle de nuevo, apretando la base de las palmas con dureza contra su piel firme–. Tú no tienes novia, ¿no? Pero yo no te pregunto por qué y no hago que parezca que tienes algún problema, ni tampoco te interrogo al respecto.

–No tengo una pareja estable, pero sí tengo novias de vez en cuando. Tú, en cambio, no.

Las manos de Carly se detuvieron de golpe.

–¿Cómo sabes eso si apenas pasas tiempo aquí?
–El gerente de la finca me mantiene al tanto de todo. Me gusta saber lo que le pasa a una persona que se ocupa de mi casa cuando no estoy aquí, así que, de vez en cuando, pregunto por ti, pero él tampoco me dice nada interesante nunca ya que, según parece, haces una vida de monja.
Carly se puso tensa. La crítica que se escondía detrás de sus palabras era evidente.
–Las monjas no tienen nada de malo.
–No he dicho lo contrario. Pero no has hecho ningún voto religioso desde que empezaste a trabajar para mí, ¿no, Carly? No has hecho ningún voto de pobreza o de obediencia, al menos –le dijo él en un tono burlón.
–En realidad, como jefe parece que exiges una obediencia total a tus empleados, aunque no puedo negar que pagas muy bien.
–Entonces solo nos queda la castidad, ¿no?
Carly sintió que su corazón retumbaba de nuevo, pero se obligó a seguir adelante con el masaje. Lo mejor que podía hacer era tratar de concentrarse en esos movimientos lentos y circulares y no en el giro bizarro que había dado la conversación.
–Lo que haga en mi tiempo libre no es asunto tuyo.
–El gerente me dijo que siempre parecías estar escondida en un libro –le dijo Luis, ignorando su comentario–. Y me ha dicho que vas a clase por las tardes en una ciudad cercana.
–¿Tiene algo de malo que quiera progresar? A lo mejor debería montar una fiesta salvaje cuando te marchas. Así, al menos, les daría suficiente munición al jardinero y al gerente para que me creen una reputación como es debido.
–¿Por qué? ¿Te gustan las fiestas salvajes?
–No.
–A mí tampoco.
–Entonces, ¿cómo es eso? –le preguntó ella, frunciendo el ceño–. Celebras fiestas salvajes muy a menudo. La casa siempre está llena de gente. Creo que podrías contratar a un encargado de eventos a tiempo completo.
–Estoy de acuerdo. Se han convertido en algo habitual, y se lo debo a mis días en las carreras. Por aquel entonces, las fiestas salvajes eran obligatorias, pero últimamente me estoy cansando de ellas –se encogió de hombros–. Son todas iguales.
Carly parpadeó. Lo que acababa de decirle era algo muy peculiar. Siempre había creído que Luis Martínez adoraba las fiestas locas que daban algo de qué hablar a los lugareños durante semanas. Carly recordaba muy bien todas aquellas hordas de ricos y famosos que inundaban la mansión; muchos viajaban desde París o Nueva York

solo para asistir a la fiesta. Las mujeres solían ser esas rubias de serie que tanto le gustaban, con sus diminutos vestidos y sus ojos hambrientos. En más de una ocasión, Carly había terminado preparándole un café bien cargado a alguna pobre infeliz que lloraba desconsoladamente frente a la mesa de la cocina porque Luis se había llevado a otra a la cama.

–Muy bien –Carly dejó de masajearle por fin. De repente notó una fría gota de sudor que descendía entre sus pechos –tragó en seco–. ¿Te sientes mejor?

–Me siento… bien –dijo Luis.

Rápidamente, Carly se limpió las manos con una toalla. Tenía que dejar de sentir cosas extrañas y recuperar la imparcialidad de siempre.

–Creo que ya es suficiente, ¿no crees? Podemos tener otra sesión… eh… antes de que te vayas a la cama. Puedes levantarte si quieres, Luis.

Pero Luis no quería levantarse, o más bien no se sentía capaz de incorporarse sin dejarle bien claro que estaba sintiendo algo muy erótico por ella. Podía sentir ese pálpito lento entre las ingles, ese dolor agudo que no podía ignorar y que solo significaba una cosa… Sus movimientos impacientes no hicieron más que empeorar la situación.

Luis escondió el rostro contra la almohada. Todas esas semanas de inactividad le habían llevado al borde de la locura. Llevaba tanto tiempo sin trabajar, sin jugar, sin sexo… Pero lo peor de todo era que el confinamiento le había dado demasiado tiempo para pensar, y él era de los que preferían hacer antes que pensar. Despojado de su constante necesidad de acción, se había visto obligado a sumergirse en la introspección.

La encarcelación hospitalaria que había vivido le había hecho detenerse un momento. Había podido contemplar su propia vida y se había dado cuenta de que se había convertido en un circo. Había pensado en todas esas casas que poseía por el mundo y en el séquito de adoradores que le acompañaba a todos los sitios… Era la vida de un completo desconocido. ¿Cuándo había conseguido tantos fans? Recordaba muy bien sus caras de absoluta estupefacción cuando les había enviado de vuelta a su cuartel general de Buenos Aires, con Diego al frente de todo.

A partir de ese momento, una extraña calma se había apoderado de la casa.

–¿Qué tal si vas a nadar un poco ahora, Luis?

La voz de Carly, suave y persuasiva, irrumpió entre sus pensamientos. Afortunadamente, la erección comenzaba a disminuir.

–¿Es una sugerencia? –le preguntó, bostezando.

–No. Es una orden, ya que respondes mucho mejor a ellas –Carly

levantó la cortina y miró hacia el exterior–. Oh, vaya, está lloviendo de nuevo.

–Siempre llueve en este maldito país.

–Por eso está todo tan verde. No importa. Podemos usar la piscina interior.

–No me gusta –dijo Luis en un tono gruñón–. Lo sabes. Es claustrofóbica.

–¿Y esta habitación no?

–No tengo pensado nadar aquí, así que… ¿Por qué no salimos y usamos la piscina de fuera? Vivir peligrosamente por una vez…

Carly le dio la espalda a la ventana y le dedicó una mirada de desaprobación. Sabía que esa era una de sus locuras típicas.

–Porque a mí no me gusta vivir peligrosamente. Y a lo mejor, si tú tampoco lo hicieras, no habrías terminado en una cama de hospital durante tanto tiempo, seguramente ocupando un sitio que otra persona necesitaba de verdad. Con este tiempo, la hierba estará empapada, y los azulejos que rodean la piscina estarán húmedos y será fácil resbalar.

–Qué… miedo –dijo Luis con sarcasmo.

Carly prefirió no darse por aludida.

–Así que, a menos que quieras arriesgarte a caerte, te aconsejo que apuestes por algo seguro y uses la piscina del interior, la cual fue diseñada por gente que tuvo en cuenta días como estos.

–¿Nunca te cansas de ser la voz sensata de la razón?

«¿Y tú nunca te cansas de hacer de chico malo?».

–Pensaba que me pagabas por ello.

–Sí, y también por cómo cocinas –Luis hizo una pausa. Sus gruesas pestañas le tapaban los ojos–. ¿Entonces no te gusta vivir peligrosamente?

Carly sacudió la cabeza de manera enfática.

–En realidad, no. Tú ya vives peligrosamente por los dos.

Él dejó escapar un suspiro exagerado.

–Muy bien, señorita Sensibilidad. Usted gana. Usemos la piscina de dentro. Ve a por tu traje de baño y nos vemos allí.

Carly dio media vuelta sin decir ni una palabra más, pero su tono de voz, burlón y soberbio, no la dejó tranquila. Corrió escaleras arriba para cambiarse de ropa y cerró la puerta con fuerza al entrar en su habitación, situada en lo más alto de la casa. Se inclinó contra ella y respiró profundamente, recuperando el aliento. El ático era un sitio espacioso, con un techo inclinado y una vista formidable de los jardines y de los campos que se extendían más allá. Allí arriba estaba entre las copas de los árboles. Abrió uno de los cajones y comenzó a rebuscar con impaciencia. Lo último que quería era que Luis Martínez la viera en traje de baño, pero no tenía más remedio que seguirle la

corriente. La lluvia golpeaba la ventana con fuerza y algunas de las plantas que tenía en las macetas se habían quedado mustias.

Se puso el bañador y se miró en el espejo.

«Demasiado pálida. Demasiado gorda. Demasiado… todo», pensó, sin poder evitarlo. La comparación no tenía ningún sentido, pero era imposible no recordar a todas esas mujeres con las que había visto a Luis Martínez; supermodelos de piernas interminables con biquinis diminutos, actrices… Temblando, se quitó el sujetador y las braguitas y se puso el traje de una pieza. Parecía tan viejo, tan gastado… Además, era como si hubiera encogido.

Se puso un albornoz encima y bajó de nuevo, rumbo a la piscina. Luis ya estaba allí, esperándola. Un escalofrío recorrió su espalda. Su oscura silueta se recortaba contra la enorme ventana arqueada. Al otro lado estaba el bosque.

Parecía absorto, ensimismado, y contemplaba los árboles como si los viera por primera vez. Sus flores blancas resplandecían más que nunca en un día tan gris.

Al oírla entrar, se volvió hacia ella, y entonces ocurrió algo muy peculiar cuando sus miradas se encontraron. Carly se sintió repentinamente desorientada. Era la misma sensación que había experimentado cuando había entrado en la sala de masajes, pero mucho peor. Le miró desde el otro lado de la piscina. No se oía nada más que el ruido del vaivén del agua y los estruendosos latidos de su corazón. Sentía cómo se le secaba el aliento en la garganta… De repente sintió una presión insoportable en el pecho y notó que no podía respirar. Estaba ocurriendo de nuevo y no quería que ocurriera. No quería mirar a un hombre como Luis y desearle.

Carly parpadeó para aclararse la visión y para que todo volviera a ser como antes. Lentamente comenzó a desabrocharse el albornoz y se lo quitó con cuidado. Sentía su mirada sobre la piel y la expresión de su rostro era… inaguantable. ¿Era incredulidad lo que veía en ella? Sí. Lo era. Probablemente nunca había visto a una mujer que tuviera una talla mayor que la 38. Seguramente estaba pensando que debía de engullir todos los alfajores sobrantes cada vez que él tomaba un vuelo, rumbo a alguno de sus destinos exóticos favoritos.

Forzando una sonrisa rápida y profesional, caminó hasta él.

–¿Listo?

–Ya llevo un buen rato –le dijo él en un tono ácido–. Pero, como siempre, llegas tarde.

–Me ha costado un poco encontrar el traje de baño.

–Lo siento mucho –dijo él–. A lo mejor debería haberte avisado con más antelación. Podría haberlo escrito por triplicado y haberlo firmado primero.

Carly prefirió ignorar el comentario.

–Bueno, estamos aquí ya –dijo, fingiendo entusiasmo–. Baja la escalera de espaldas.

–Creo que a estas alturas sé muy bien cómo meterme en la maldita piscina.

Carly le quitó las muletas de las manos con cuidado y las apoyó contra una pared.

–Solo trataba de…

–Bueno, deja de intentarlo. Estoy cansado de que la gente intente las cosas. Llevo semanas haciendo esto y creo que ya he conseguido acostumbrarme. ¿Lo próximo que vas a enseñarme será cómo comer con cuchillo y tenedor? O a lo mejor empiezas a darme de comer con cuchara.

Para Carly, aquella fue la gota que colmó el vaso.

–¿Por qué tienes que ser tan desagradable? Solo trato de ayudarte.

Luis no contestó inmediatamente. Sus miradas se encontraron y se enzarzaron en una batalla silenciosa. Carly se preguntaba cuál sería el próximo insulto que saldría de su boca.

Sin embargo, él suspiró de repente.

–Sé que tratas de ayudarme. Es que no aguanto la frustración. Se me hace insoportable. Las secuelas de este maldito accidente no terminan de desaparecer. Llevo semanas así y a veces pienso que nunca va a acabar.

–Sí –Carly se mordió el labio inferior–. Supongo que esa es una forma de verlo.

Él arqueó las cejas.

–A menos que vayas a decirme que soy bastante insoportable normalmente…

Carly bajó la vista y miró sus pies descalzos un momento.

–Eso no me corresponde a mí decirlo.

–¿Entonces no vas a negarlo directamente, Carly? –le preguntó él en un tono corrosivo–. ¿No me vas a llevar hacia la conclusión de que soy insoportable?

Ella levantó la cabeza y se enfrentó a su mirada burlona y desafiante.

–No tienes fama de ser dulce y agradable precisamente.

Para sorpresa de Carly, él se echó a reír y se metió en la piscina.

–No. Supongo que no. Vamos, Carly. ¿No vas a entrar? –le preguntó, golpeando la superficie del agua con la palma de la mano–. Mary siempre se metía.

«Seguro que sí», pensó Carly al tiempo que entraba en el agua.

¿No estaba haciendo lo mismo que había hecho Mary antes? ¿Acaso no estaba siguiendo sus pasos, esos pasos que tan culpable habían hecho sentir a la pobre terapeuta?

Avanzó un poco más en el agua. Al sentir el frío en el vientre se

estremeció un poco. La piel se le puso de gallina y los pezones se le endurecieron, tal y como había ocurrido antes, en la sala de terapia.

En un intento por esconderlos, se inclinó contra la pared de azulejos y se echó agua sobre los brazos.

–Se supone que tienes que hacer diez largos.

–Lo sé, pero tengo pensado hacer veinte.

–¿Crees que es buena idea?

Él esbozó una de sus sonrisas de tipo duro.

–Veámoslo, ¿no? –dijo y comenzó a nadar con fuerza.

Sus brazos fuertes cortaban el agua como flechas doradas. Nadaba con la misma energía y determinación con la que lo hacía todo en la vida, pero después de doce largos, Carly se dio cuenta de que empezaba a aflojar el ritmo. Estaba pálido y apretaba los labios con fuerza.

–Para ya –le dijo al verle salir para tomar el aire–. Por favor, aminora un poco, Luis. No estás en una carrera.

Pero Luis Martínez era demasiado testarudo como para aflojar la marcha. Para él, todo era una carrera en la vida. Sacudió la cabeza y siguió adelante. Cuando terminó por fin, no obstante, estaba agotado. Salió del agua y apoyó los codos contra el borde de la piscina.

No volvió a decir nada hasta que hubo recuperado el aliento.

–¿Qué tal he estado? –le preguntó unos segundos más tarde, mirándola a los ojos.

–Eso ya lo sabes. Has hecho veinte largos, el doble de lo que recomendaba la fisioterapeuta. ¿Quieres que te dedique un halago por haber desobedecido sus instrucciones?

–Sí. Quiero un halago. Quiero que me echen todos los halagos posibles. Quiero una montaña de halagos sobre mi cabeza, así que… ¿Por qué no te quitas esa expresión de desaprobación de la cara por una vez y me dices que soy bueno? –esbozó una sonrisa provocativa–. Sabes que quieres hacerlo.

Carly se puso tensa. Un cosquilleo desconocido se extendía por su piel. ¿Estaba flirteando con ella?

Le miró fijamente, parpadeando de vez en cuando. No podía ser eso, a menos que el flirteo fuera un acto reflejo para él.

–Creo que te has excedido un poco, pero, sí. Eres bueno –le dijo finalmente, sin muchas ganas–. Muy bueno, en realidad.

Él arqueó las cejas.

–Vaya, Carly. Que tú me dediques un halago no es cualquier cosa.

Cada vez más inquieta, Carly hizo todo lo posible por que no se le notara. Se sumergió en el agua un momento para distraerse, pero cuando volvió a salir de nuevo se encontró con la mirada de Luis, más inquisitiva y penetrante que nunca.

Había algo extraño en su expresión. Era como si la observara con…

fascinación. Además, no dejaba de mirarle los pechos.

El tejido del bañador, empapado, se había convertido en una segunda piel. Podía sentir la presión de sus pezones contra la tela del traje de baño. Eran como dos pequeñas balas puntiagudas.

¿Se habría dado cuenta él?

–Creo que deberías salir ahora, antes de que te enfríes.

–O antes de que me caliente –dijo él de repente.

Carly pensó que no le había oído bien. Estaba claro que no le había oído bien, porque la alternativa no tenía ningún sentido. Luis Martínez jamás le hubiera hecho un comentario provocador.

–Vamos –le dijo ella, sumergiéndose en el agua para escapar de esos ojos negros que la vigilaban.

Capítulo 3

Luis masculló una sarta interminable de juramentos en español. El viento soplaba con fuerza y la lluvia sacudía las ventanas. Numerosos arroyuelos corrían sobre la superficie del cristal. El rugido de la tormenta de verano era el ruido de fondo que inundaba el salón dorado y escarlata.

¿Nunca iba a parar de llover?

Su mirada se desvió hacia la mesa situada en el otro extremo de la estancia. En ese momento, Carly se inclinaba sobre una bandeja para servir un café en una taza diminuta.

Sintió otra inesperada punzada de deseo. Estaba aburrido. La frustración le corroía por dentro.

Dejó que sus ojos la recorrieran lentamente, para resolver el misterio. Por una vez, el corte ancho de los vaqueros que llevaba realzaba su figura, pero no era algo deliberado. Cuando se inclinaba de esa manera, el tejido se estiraba sobre su trasero, dibujando las curvas de sus nalgas.

–Juega a las cartas conmigo, Carly –le dijo de repente.

Ella se volvió hacia él. Su primera expresión fue de sorpresa, pero pronto se transformó en desconfianza.

–No juego a las cartas.

–Yo te enseño.

Ella vaciló de nuevo.

–¿Qué sucede? ¿Tienes miedo de que te corrompa? ¿Tienes miedo de terminar gastándote el sueldo en los casinos por jugar una simple partida de póquer conmigo?

Incapaz de soportar por más tiempo esa mirada tan inquietante, Carly se puso erguida y fue a llevarle la taza de café. La colocó sobre la mesa, delante de él.

–Creo que no tenemos cartas.

–Sí tenemos. Están en mi dormitorio, en el escritorio, en el segundo cajón a la izquierda. Ve a buscarlas.

Ella levantó las cejas.

–Por favor –añadió él, suspirando.

–¿Y si te digo que no quiero jugar a las cartas?

–Entonces a lo mejor me veo obligado a tener que abusar de mi autoridad.

–¿Es una orden entonces?
Él le dedicó una sonrisa arrogante.
–Ya lo creo que sí.
Carly dio media vuelta. Salió de la habitación sin decir ni una palabra más y comenzó a subir las escaleras con pies de plomo. Se sentía atrapada, como una mosca en una telaraña.
Abrió la puerta del dormitorio de par en par y entró. Había estado allí esa mañana. Le había hecho la cama, como siempre, y le había cambiado esas carísimas sábanas egipcias que usaba.
Al ir hacia el escritorio no pudo evitar fijarse en dos fotografías que estaban sobre la mesa. Una era de la madre de Luis, con sus ojos tristes y su cabello negro azabache. La otra era una foto de él mismo, tomada cuando se había convertido en campeón del mundo por primera vez. Tenía el pelo mojado por el champán y sostenía un enorme trofeo plateado con ambas manos.
–¡Carly!
La voz impaciente de Luis retumbó por toda la casa. Carly tomó lo que buscaba rápidamente y corrió escaleras abajo.
–¿Por qué te entretienes tanto? –le preguntó él, fulminándola con la mirada.
–No sabía que me estaban cronometrando. Solo me quedé un poco ensimismada.
–¿Con qué te ensimismaste tanto?
Carly sintió el calor del rubor en las mejillas.
–Con nada.
Haciendo una mueca de dolor, Luis se puso en pie y fue hacia ella. Extendió la mano para que le diera las cartas.
–¿A qué vamos a jugar? –le preguntó ella.
Luis tardó unos momentos en contestar. De repente solo podía pensar en el roce de sus dedos al tomar las cartas de sus manos. No quería jugar a nada que tuviera que ver con corazones, tréboles o diamantes. Quería jugar a un juego adulto. Quería descubrir esas curvas misteriosas y poner las manos sobre ellas hasta haber saciado el hambre que le comía por dentro.
Sacudió la cabeza rápidamente y trató de ahuyentar esas imágenes.
–¿Quieres aprender a jugar al póquer?
–¿Es fácil?
–No mucho.
–En ese caso, me encantaría.
Él arqueó las cejas.
–Luego no me digas que no te lo advertí.
Barajó las cartas, las repartió y le explicó las reglas del juego. Ella fruncía el entrecejo, intentando concentrarse.
Sorprendentemente, no obstante, no tardó mucho en asimilar la

esencia del juego. ¿Qué era lo que había esperado? ¿Acaso creía que iba a derrotarla fácilmente y que pronto se cansaría de jugar, tal y como pasaba siempre?

Poco después de comenzar la segunda partida, Luis se dio cuenta de que era muy buena con las cartas. Se le daba muy bien y era necesario ponerse a pleno rendimiento para competir con ella.

–¿Seguro que no has jugado nunca? –le preguntó con sospecha.

–Si hubiera jugado antes, no tendrías que haberme explicado las reglas.

–Bueno, a lo mejor eso formaba parte de tu estrategia para ganar.

–Ese punto de vista es muy cínico, Luis –le dijo ella mientras contemplaba las cartas que tenía en la mano.

–A lo mejor la vida me ha hecho cínico.

Ella levantó la vista y frunció los labios de manera exagerada.

–Oh, qué penita.

Luis no pudo evitar reírse, a pesar de la creciente confusión que sentía. Las mujeres casi nunca le hacían reír. Las mujeres tenían su lugar, pero el humor casi nunca formaba parte de su discurso. ¿De dónde había salido la extraña criatura mal vestida e increíblemente astuta que tenía delante?

–¿Te das cuenta de que no sé casi nada de ti?

Ella levantó la vista y la luz de la lámpara le iluminó la cara de repente. Sus ojos se volvieron del color de la miel.

–¿Por qué ibas a saber nada de mí? No es algo importante a efectos del trabajo que desempeño. No tienes por qué saber nada de mí.

–¿Una mujer que esquiva preguntas sobre sí misma? ¿Esto está pasando de verdad o estoy soñando?

–Esa generalización acerca de las mujeres me parece excesiva.

–Pero es cierta. Las generalizaciones suelen serlo –Luis se recostó contra la silla y arrugó los párpados–. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para mí? Debe de andar cerca de un año.

–En realidad son dos y medio.

–¿Tanto?

–El tiempo vuela cuando lo pasas bien.

Luis reparó en el tono frívolo que acompañaba a sus palabras.

–Ser ama de llaves no es un trabajo normal para mujeres de tu edad, ¿no?

–Supongo que no. Pero es un buen trabajo si no tienes estudios, o si necesitas un sitio donde vivir.

Luis dejó las cartas sobre la mesa, boca abajo.

–¿No tienes estudios? Eso me sorprende. Eres muy lista, teniendo en cuenta lo que has tardado en entender un juego de cartas bastante complejo.

Carly no contestó de inmediato.

–He intentado recuperar el tiempo perdido, y es por eso que asistía a esas clases de tarde y que he hecho un par de exámenes de ciencias que debería haber hecho en el colegio.

–¿Has estado estudiando ciencia?

Carly oyó la sorpresa que teñía sus palabras.

–Sí. ¿Qué tiene de malo? A algunos nos gustan esas asignaturas.

–Pero normalmente suelen ser hombres.

–Otra vez tengo que decirte que acabas de generalizar injustamente –sacudió la cabeza–. Esa es la segunda cosa más sexista que te he oído decir en dos minutos, Luis.

–¿Pero cómo va a ser sexista si es cierto? Mira las estadísticas si no me crees. Los hombres dominan el campo de las ciencias y las matemáticas.

–Bueno, puede que eso tenga que ver con los métodos de enseñanza y las expectativas, y no con unos supuestos cerebros superiores y más aptos para las ciencias.

Los ojos de Luis brillaron.

–Creo que no estoy de acuerdo contigo en eso.

Carly sintió un calor repentino que se extendía por su cuerpo bajo la intensa e insistente mirada de Luis.

«Peligro, peligro…», decía una vocecilla desde algún rincón.

–Como quieras.

–¿Qué ciencia es la que se te da mejor?

–Todas. Biología, química, matemáticas también. Me encantan todas.

–Entonces ¿por qué…?

–¿Por qué suspendí los exámenes? –Carly dejó las cartas. No quería contestar, pero conocía a Luis lo suficiente como para saber que no dejaría el tema–. Porque mi padre… Bueno, se puso muy enfermo cuando yo era pequeña y perdí muchas clases.

–Lo siento.

–Oh, esas cosas pasan.

–¿Qué pasó exactamente? ¿Qué es lo que no me estás contando, Carly? La gente tiene padres enfermos, pero aun así aprueban.

–Fue una enfermedad larga, crónica. No podía salir mucho de casa, así que yo llegaba a casa después del colegio y me sentaba con él y le contaba todo lo que había hecho durante el día. A veces le leía cosas. Eso le gustaba mucho. Después de preparar la cena venía la enfermera para acostarle, pero yo ya estaba demasiado cansada como para hacer los deberes. O a lo mejor es que era demasiado vaga –añadió, intentando aligerar la atmósfera.

La expresión de Luis permaneció igual de seria y sombría, no obstante.

–¿Se recuperó?

–No. Me temo que no. Murió cuando yo tenía diecinueve años.

–¿Y tu madre? ¿Ella no estaba con vosotros?

–No se le daban muy bien… No llevaba muy bien las enfermedades. Algunas personas son así –dijo, imprimiendo ese carácter ligero de siempre a sus palabras.

Había dominado el arte de restarle importancia a las cosas mucho tiempo atrás, en gran parte gracias a su madre. En algún momento había terminado aceptando que su madre viviría sus propios sueños a través de su preciosa hija pequeña. Recordaba muy bien todas aquellas veces cuando le decía que Bella podía llegar a ser una gran supermodelo. Su madre tenía la cabeza llena de ilusiones y fuegos artificiales, pero también le decía que había que invertir para ganar, y por ello había terminado gastándose todos sus ahorros. Había sido una gran apuesta que había salido mal.

–Mi madre estaba demasiado ocupada ayudando a mi hermana con su carrera. Es modelo.

–Oh –Luis arqueó las cejas–. Esa palabra suele abarcar una gran variedad de pecados. ¿La conozco?

–A lo mejor sí, o no. Trabaja mucho para catálogos. Y el año pasado la contrataron para la inauguración de un centro comercial en Dubai.

–Oh.

Carly oyó un sutil rastro de sarcasmo en su voz.

–En este momento está haciendo muchas fotos de trajes de baño y de lencería. Es muy guapa.

–¿Ah, sí?

Luis parecía tener dudas al respecto. ¿Acaso creía que alguien como ella no podía tener una hermana guapa?

–Sí –le contestó con brusquedad. Es la mujer más exquisita y hermosa que verás en toda tu vida.

Luis guardó silencio durante unos segundos. Aunque quisiera aparentar otra cosa, era evidente que intentaba esconder sus emociones a toda costa, y no podía evitar sentir algo de empatía por ella. Esa vez era distinto. No era una de esas chicas que rompían a llorar cuando engordaban un par de kilos o cuando un hombre se negaba a comprarles un anillo de diamantes.

La chica que tenía delante era alguien a quien se le daban bien las ciencias, alguien que había suspendido todos sus exámenes porque tenía que cuidar de su padre, pero… ¿Quién había cuidado de ella?

De repente recordó aquellos primeros momentos en el hospital, justo después del accidente. ¿Quién le había acariciado la frente aquella noche? Recordaba una suave voz de mujer, un bálsamo que le había calmado en aquellos instantes de delirio. Al día siguiente le había preguntado a la enfermera si había tenido alucinaciones, y ella le había dicho que era la chica de la coleta, la que llevaba el viejo

chubasquero.

Luis había fruncido el ceño, confundido, sin saber a quién se refería.

«Una chica muy amable», había añadido la enfermera.

Y entonces se había dado cuenta de que había sido Carly. Le había ido a ver unas cuantas veces después de aquello y, por alguna extraña razón, había terminado deseando esas visitas. Ella se sentaba a su lado y le decía que respirara profundamente, que moviera los tobillos. En realidad, se había vuelto bastante dictatorial entonces, pero él había respondido bien a todas sus órdenes. Y de pronto, un buen día, había dejado de ir al hospital, así, sin más.

Luis agarró su taza de café y bebió un sorbo. Se fijó en sus manos. Eran manos de trabajadora. Llevaba las uñas muy cortas, sin pintar. Su rostro estaba libre de todo maquillaje y su corte de pelo no tenía ninguna forma definida. ¿Cuáles eran sus heridas, esas que no parecían haber cicatrizado?

–Hace muy mal tiempo –le dijo, ahuyentando esos pensamientos que lo perseguían.

–No podía ser de otra manera. Estamos en Inglaterra.

–Pero no tendríamos por qué estar aquí –Luis dejó la taza sobre la mesa y la miró–. ¿Tienes pasaporte?

–Sí. Claro.

–Bien –Luis volvió a agarrar las cartas–. Entonces prepárate para salir mañana a primera hora.

–¿Adónde? ¿Adónde vamos?

–St Jean Cap Ferrat. Tengo una casa allí.

–Quieres decir… –Carly le miró, confundida–. ¿Cap Ferrat, en el sur de Francia?

Luis arqueó las cejas.

–¿Es que hay algún otro?

–¿Por qué quieres ir allí, y por qué así, de repente?

–Porque me aburro.

Carly le miró con inquietud. Había oído muchas historias acerca de su casa del Mediterráneo, y sabía muy bien cómo era. Por allí paraba la jet set. Alguien como ella jamás podría encajar en un sitio así.

–Creo… creo que prefiero quedarme, si no te importa.

–Pues resulta que sí me importa –dijo Luis en un tono afilado y cargado de arrogancia–. Te pago una jugosa suma para que me hagas la vida más fácil, y eso significa que tienes que hacer lo que yo quiera. Y mi prioridad ahora mismo es huir de esta maldita lluvia y sentir algo de calor en la piel, así que… ¿Por qué no dejas de mirarme con esos ojos de incredulidad y empiezas a hacer la maleta?

Capítulo 4

Maldito arrogante, odioso», pensó Carly, cada vez más inquieta.

Ni siquiera la exuberante naturaleza que les rodeaba podía aplacar la indignación que había sentido antes de salir de Inglaterra.

La mañana había sido una auténtica locura. Habían subido a bordo de un jet privado que les había llevado a Niza. Allí se habían visto asaltados por un paparazzi solitario que debía de pasar los días al acecho en el aeropuerto, esperando la llegada de pasajeros famosos. El hombre había salido de la nada de repente y se había puesto a hacerles fotos sin parar.

–¿Me firmas un autógrafo, Luis? –le preguntaban una y otra vez todas las mujeres que se agolpaban a su alrededor mientras caminaba por la terminal.

Todas eran clones preciosos, con sus mechas californianas y sus shorts vaqueros desgastados. No hacían más que ponerle pedazos de papel delante de los ojos.

–¿Quieres venir a una fiesta luego, Luis? –le preguntó una que intentaba meterle una tarjeta en el bolsillo superior de la camisa.

Luis no les hizo mucho caso, así que sacaron sus móviles y comenzaron a hacerle fotos.

–¿Esto te pasa muy a menudo? –le preguntó Carly al subir a un potente coche que les esperaba a la entrada del aeropuerto.

–¿Te refieres a caminar por la sala de llegadas al aterrizar?

–No hace falta hacer uso del sarcasmo. Ya sabes a qué me refiero.

Él se encogió de hombros.

–Me pasa en todas partes.

–¿Y no se te hace insoportable?

Luis le regaló una mirada mordaz.

–¿A ti qué te parece?

Carly titubeó un segundo.

–Creo que tu vida es… extraña. Creo que tienes una vida muy pública y muy solitaria al mismo tiempo.

–Te doy un diez por esa afirmación –dijo Luis con su ironía de siempre.

Carly se abrochó el cinturón de seguridad al tiempo que el coche arrancaba.

–Pero no has aceptado ninguna de las propuestas de esas chicas.

Muchos otros hubieran hecho lo contrario.
Luis dejó escapar una risotada.
–¿No crees que ya estoy cansado de esas cosas? Esas chicas son iguales a los neumáticos que me cambian durante las carreras.
–Lo que acabas de decir me resulta casi cruel.
–Pero es cierto.
–Bueno, en el pasado no parece que hayas tenido ningún reparo al respecto.
–¿Por qué iba a tenerlo? –Luis arqueó las cejas–. Si un hombre tiene sed, bebe. ¿Crees que voy a rechazar a una preciosa rubia porque no tengo nada en común con ella más allá de un montón de hormonas en ebullición?
Carly sacudió la cabeza.
–Eres increíble.
Luis esbozó una sonrisa y sus ojos relampaguearon.
–Pero eso ya lo sabes, Carly. Simplemente trato de contestar a tus preguntas con sinceridad.
–¿Entonces te gusta ser famoso? –le preguntó de repente.
–Lo dices como si tuviera elección al respecto, pero no es así –apoyó las palmas de las manos sobre los muslos y flexionó los dedos–. Yo no buscaba la fama. Lo único que quería era correr y ser el mejor del mundo. La fama fue una consecuencia inevitable de todo eso.
Mientras contemplaba esos ojos color ámbar, Luis recordó que también había habido otras consecuencias. Le había dado la espalda a la responsabilidad. Había tomado todo lo que había querido de esas mujeres, pero jamás había dado nada a cambio. No le había hecho falta. Había llegado a tener una riqueza extraordinaria y la lluvia de halagos y adulación nunca cesaba. Nada había podido llenar ese gran vacío negro que tenía dentro, no obstante. A lo mejor ese era el precio que se pagaba por la fama.
–A lo mejor no debería haber hecho tanta publicidad, pero era joven y el éxito se me subió a la cabeza. Parecía una locura rechazar tanto dinero. Y mis patrocinadores querían que lo hiciera. Bueno, en realidad es una forma de hablar. Querían a alguien que vendiera deporte y sexo a la vez y yo debí de parecerles perfecto para cumplir con esa función.
–Y una vez te haces famoso, ya no hay vuelta atrás –le dijo ella–. No puedes volver a ser la persona que eras antes.
–No. No puedes. El mundo tiene una imagen de ti y no hay nada que puedas hacer para cambiar eso.
–Bueno, eso no es del todo cierto. Podrías… –las palabras se le escaparon de la boca.
Luis arqueó las cejas.
–¿Hacer qué?

–Nada.

–Dime. Me interesa.

–Atraes más publicidad saliendo con esas mujeres que están en las portadas de las revistas todos los días cuando las dejas.

–¿Crees que debería obligarlas a firmar un acuerdo de confidencialidad antes de llevarlas a la cama?

–No lo sé, Luis. Solo soy tu ama de llaves, no tu psicólogo –Carly se volvió y miró por la ventanilla.

El coche estaba ascendiendo por una estrecha carretera que subía por la falda de una montaña.

–Dios. Esto es precioso.

–¿Estás cambiando de tema deliberadamente, Carly?

–A lo mejor.

Él se rio.

–¿Nunca has salido de Inglaterra?

Un flamante deportivo rojo pasó en dirección contraria. Carly arrugó los párpados, preguntándose si no acabarían chocando.

–Una vez. Fui a España con mi madre y mi hermana, pero fueron unas vacaciones muy humildes.

–Bueno, entonces a lo mejor te mereces un capricho –le dijo Luis.

Justo en ese momento comenzó a sonar su teléfono móvil. Se lo sacó del bolsillo y contestó en español. El resto del viaje transcurrió en silencio y Carly se preguntó qué hubiera dicho su hermana si la hubiera visto en ese momento, en un coche con chófer, viajando por una de las fincas más lujosas del mundo. Seguramente no se lo hubiera creído.

El coche rodeó una curva y la mansión de Luis apareció en el camino. Era una villa de estilo *belle-époque*. Según le había dicho, se la había comprado a un príncipe árabe, un amigo de un amigo que al parecer era sultán.

Carly levantó la vista hacia la villa al tiempo que el vehículo atravesaba el portón exterior. Más bien parecía una fortaleza, suntuosa e imponente. Era de un color blanco deslumbrante y estaba flanqueada por enormes cipreses solemnes.

–¿Tienes mucho personal en la casa? –le preguntó Carly, repentinamente nerviosa.

–Lo necesario. Y tu homóloga francesa se llama Simone. Te caerá bien.

Simone les esperaba en el inmenso vestíbulo, del que salían muchos corredores en varias direcciones. Jarrones llenos de rosas de color naranja y de ramas de eucalipto decoraban toda la estancia, reflejándose una y otra vez en enormes espejos muy ornamentados. En un rincón había una estatua clásica de una mujer que se echaba agua encima.

Carly miró a su alrededor. Era como estar en un museo y el ama de llaves francesa asustaba un poco con ese aire tan chic. El vestido de Simone dibujaba su esbelta figura a la perfección y aunque la empleada rondara los cincuenta, Carly se sintió como una pordiosera de repente.

–Me voy directamente a mi estudio –dijo Luis–. Tengo que contestar a los correos de Diego antes de que estalle como una bomba. Simone, esta es la primera vez que Carly visita Francia. Creo que deberíamos prepararle la habitación azul, la que da a la bahía.

Hubo una fracción de segundo de vacilación.

–Pero a lo mejor *mademoiselle* Conner estaría más tranquila en una de las casas de huéspedes –la sonrisa de Simone parecía un dibujo sobre sus labios–. He preparado una. Tal vez sería más… apropiado.

–Carly no ha viajado mucho por Europa. Lo menos que podemos hacer es dejarla disfrutar de unas buenas vistas. No habrá problema, ¿no?

–*Mais non!* –Simone gesticuló con las manos–. *Pas de problème.*

Carly se dio cuenta de que Luis la observaba atentamente y sus mejillas se enrojecieron.

–Muchas gracias por el detalle –le dijo, algo turbada.

–No es nada. Disfruta de las vistas. Te veo luego. ¿Un masaje después de la comida?

–Siempre y cuando no sea una comida muy pesada.

–¿Ves lo estricta que es, Simone? –dijo Luis en un tono bromista–. No te preocupes, Carly. Dejaré que controles todo lo que como, si eso te hace sentir mejor.

Sus palabras no hicieron más que agravar la confusión de Carly. ¿Acaso estaba malinterpretando las señales de nuevo, pensando que estaba flirteando con ella?

Le vio alejarse por el pasillo en silencio. Había mejorado tanto… Seguramente no tardaría en prescindir del bastón que le acompañaba.

–Le enseñaré la casa –dijo Simone–. Puede resultar un tanto abrumadora al principio. No se preocupe por su maleta. Alguien se la subirá al dormitorio.

Carly siguió a la francesa por uno de los interminables corredores. Las puertas daban acceso a estancias de un puntal altísimo y desde muchas de ellas se divisaba el mar. Había dos salones, uno de ellos con un techo de cristal retráctil. En la planta baja había un gimnasio desde el que se accedía al área de la piscina, dotada de terraza, y en el piso superior había otra terraza que ofrecía unas vistas extraordinarias de las montañas que se alzaban detrás de la mansión. Carly pensó que era el sitio más hermoso en el que había estado jamás.

Cuando el ama de llaves la llevó por fin a su habitación, no pudo evitar quedarse boquiabierta al contemplar aquel glorioso paisaje

mediterráneo.
–Y esta será su habitación.
De repente Carly entendió las reservas que Simone había mostrado en un primer momento. Aquel dormitorio era digno de un rey.
–¿Quiere decir que me voy a quedar aquí?
–Sí, aquí –su voz sonaba suave, casi tierna–. La dejaré para que se cambie. La comida estará lista a las dos. La serviremos en la terraza pequeña. ¿Recuerda cómo llegar?
–Sí. Creo que sí.
Una vez sola, Carly deambuló por la habitación como alguien que está hechizado, deslizando los dedos sobre las blancas cortinas que enmarcaban las vistas sobrecogedoras. Fuera, en la terraza, había una mesa, sillas e incluso una tumbona.
Por primera vez en toda su vida no se sintió como la segundona que siempre había sido. Dejó de ser la niña rara que siempre llevaba ropa práctica mientras que su hermana brillaba como una princesa con sus preciosos vestidos. Se preguntó qué hubieran dicho su madre y Bella si la hubieran visto en ese momento.
Comenzó a deshacer la maleta, pero nada más hacerlo se dio cuenta de que ese cambio temporal de sus circunstancias no modificaba nada en realidad. Aunque la cubrieran de oro, seguiría siendo esa chica de siempre, apocada y gris.
«Oh, Carly ha sacado la inteligencia, pero Bella sacó la belleza».
Era evidente que para su madre la apariencia lo era todo.
Miró el reloj. Tenía que hacer algo para arreglarse un poco. Por lo menos podía lavarse el pelo y ponerse algo más presentable para la comida.
Cuando se quitó la ropa para meterse debajo de la ducha fría, sin embargo, siguió sintiéndose como una extraterrestre, consciente en todo momento de su propio cuerpo rellenito mientras se echaba el jabón y el champú. Después se secó un poco el cabello y se puso unas braguitas y un sujetador. Justo en ese momento llamaron a la puerta.
A lo mejor era Simone. Agarrando una toalla y sujetándola por delante, caminó hasta la puerta y abrió. No era Simone quien estaba allí, no obstante.
Carly sacudió la cabeza, intentando recuperarse del susto.
–No he oído la campanita –dijo, lamiéndose los labios.
Luis Martínez frunció el ceño.
–¿Qué campanita?
«Compórtate de una forma normal. Haz como si no pasara nada, porque no pasa nada en realidad».
–La campanita de la comida.
Él arrugó los párpados.
–Será porque nadie la ha tocado.

–Oh, claro. ¿Tú has… –Carly se encogió de hombros–. ¿Has podido contestar a todos tus correos?

–No.

–No creo que Diego esté muy contento.

–Supongo que no. Pero ahora mismo no estoy pensando en Diego.

–Oh. Muy bien.

A Luis se le había secado la garganta de repente. Sabía que debía marcharse, pero no podía apartar la vista de ella. No estaba especialmente sexy. Tenía las piernas muy pálidas y los tirantes de su sujetador parecían muy desgastados y viejos. Además, no era gran cosa saber que no llevaba nada más debajo de esa toalla. Estaba acostumbrado a ver a mujeres desnudas.

Pero se trataba de Carly y, por una vez, llevaba el cabello suelto. Por una vez se había quitado la coleta de siempre y apenas era capaz de resistir el impulso de tocarla y de enredar los dedos en uno de esos mechones de seda.

–Carly…

Ella abrió los ojos. Se lamió los labios de nuevo.

–¿Qué… pasa?

–No pasa nada –dijo bruscamente–. Quería acompañarte a la terraza, por si te perdías. Sé que es fácil perderse aquí, pero llegas tarde, como siempre. ¿Qué pasa contigo? –Luis frunció el ceño–. Te veo en la terraza dentro de un cuarto de hora y, por favor, muévete.

Capítulo 5

El incidente de la puerta afectó a Carly mucho más de lo que esperaba. Él la había visto muchas veces en la piscina, así que su viejo sujetador no tenía por qué parecerle la gran novedad, y sin embargo…

Con las mejillas aún ardiendo, se había reunido con él para comer, intentando aparentar normalidad en todo momento. Algo había cambiado, no obstante, y ambos lo sabían.

Una nueva conciencia de cosas que hasta entonces habían pasado inadvertidas había surgido entre ellos. Carly intentaba que no afectara a su trabajo, pero… ¿Cómo no iba a afectarle? El temblor incesante de sus dedos mientras le masajeaba era como el que había sentido el primer día. De pronto se dio cuenta de que había perdido la confianza que había ganado con la práctica, pero lo que más lamentaba era la pérdida de esa comodidad que siempre había sentido en presencia de Luis Martínez. Durante un tiempo casi había llegado a sentir que eran iguales. Podía decir cualquier cosa que le viniera a la mente y a veces incluso llegaba a hacerle reír.

Los días fueron pasando y poco a poco se estableció una especie de rutina. Carly se levantaba temprano y nadaba un poco en la piscina, antes de que se levantara el servicio. Nadaba furiosamente para librarse de los demonios que la acosaban por las noches y después flotaba sobre la superficie del agua. Miraba hacia el cielo, hacia el sol que nacía.

Después llevaba a Luis a hacer sus ejercicios y le daba un buen masaje antes del desayuno, un ritual que repetía tres veces al día. Cada vez que tenía oportunidad, no obstante, iba a esconderse en algún rincón secreto de aquella enorme finca para leer un poco.

Habían tenido un par de visitantes. Ambas se habían presentado sin avisar, en momentos distintos. Carly había oído sus risas mucho antes de verlas. Una de ellas era una preciosa rubia y la otra una pelirroja. Revoloteaban por la piscina sin mojarse ni un dedo, pero ninguna se había quedado a pasar la noche. Luis las había mandado de vuelta a casa en uno de sus coches de lujo.

Él también había salido un par de veces. Su chófer le había llevado a Mónaco por la costa, donde, según Simone, una actriz de Hollywood había alquilado un famoso restaurante para celebrar una comida en su honor.

Ese día Carly apenas había probado bocado alguno. No tenía derecho a comportarse como un niño posesivo. ¿Cómo no iba a dejarla en casa Luis Martínez? ¿Cómo iba a asistir a un glamuroso almuerzo vestida con una de sus camisetas color pastel y su falda vaquera hasta la rodilla?

Al menos había logrado leer un par de libros que llevaban tiempo acumulando polvo en su estantería, y el aire fresco y la buena comida la hacían sentirse bien físicamente, a pesar de la falta de sueño.

Una tarde, mientras su mente recorría el fascinante laberinto de la física cuántica una oscura sombra se proyectó sobre las páginas de su libro. Al levantar la vista se encontró con Luis. Detrás de él, el agua color turquesa de la piscina bailaba bajo la luz del sol, y más allá se extendía el azul insondable del mar.

–¿Qué estás leyendo?

Carly arrugó los párpados.

–No me había dado cuenta de que había llegado la hora de tu masaje.

–Es un nombre muy raro para un libro.

–Muy gracioso –le mostró la portada para que pudiera verla bien.

–¿Y por qué estás tumbada al sol, leyendo… –arrugó los párpados para poder leer–. *La teoría cuántica no puede hacerte daño*?

–Deja de reírte de mí. Ya sabes por qué. Ya te dije que me gusta la ciencia.

–A mí me gustan los coches, pero no paso el tiempo en la piscina leyendo manuales de mecánica. Hay muchas novelas en la biblioteca. Puedes escoger la que quieras.

–Gracias, pero ahora mismo no tengo ganas de leer una novela. Esto es…

–¿Qué? –Luis levantó su bastón y lo usó para señalar–. ¿Pesado? ¿Indescifrable?

–Absolutamente fascinante, en mi opinión.

Luis apoyó el bastón contra una de las tumbonas y dejó escapar una risotada.

–Realmente eres todo un enigma, Carly. ¿Qué tienes pensado hacer con todos estos méritos que estás acumulando? Más tarde o más temprano, ya no vas a tener más exámenes que hacer.

Ella titubeó.

–¿Y eso tiene algo de malo?

Él se encogió de hombros.

–Te convertirás en una de esas personas con un montón de diplomas que no usan.

–¿Quién dice que nunca los voy a usar?

Él sonrió.

–La ciencia te ayuda a entender por qué hay que usar harina de

maíz para hacer alfajores, pero tampoco es necesario realmente, ¿no?

Carly sintió una punzada de resentimiento al ver la burla que teñía sus palabras. El mundo giraba en torno a Luis Martínez. Molesta con su actitud, arremetió contra él.

–A lo mejor no solo estoy acumulando diplomas. A lo mejor hago todos esos exámenes porque quiero hacer algo de provecho.

–¿Como qué?

–Como… ser médico.

–¿Tú? ¿Médico?

–¿Por qué no? ¿Crees que soy incapaz de ser médico?

–Realmente no lo he pensado mucho.

Carly le miró fijamente.

–Ya que pareces tan interesado en el tema, te diré que ya he hecho la solicitud para entrar en la facultad de Medicina y tengo una plaza esperándome. Tengo pensado matricularme en cuanto haya ahorrado suficiente dinero para mantenerme durante el curso. Llevo mucho tiempo queriendo ser médico y no pienso dejar a un lado mis sueños. Nunca lo he hecho.

Se incorporó y se puso las gafas encima de la cabeza, pero el movimiento de sus pechos fue lo que distrajo a Luis. De repente no podía dejar de mirarla.

–Te has bronceado un poco.

Siguiendo la dirección de su mirada, Carly bajó la vista y reparó en la marca blanca que tenía allí donde se le había movido el tirante.

–Sí. Un poco –sonrió e intentó aligerar le pesada atmósfera que se cernía sobre ellos–. Eso es lo que suele pasar cuando expones tu piel al sol, Luis.

–Y has perdido peso.

–¿Ah, sí?

Sus miradas se encontraron.

–Ya sabes que sí.

–Si lo he perdido, no ha sido intencional –Carly se encogió de hombros–. Este clima no… Bueno, me quita el apetito, y Simone me ha hecho muchas ensaladas deliciosas. Además, he salido a nadar casi todas las mañanas. Con este tiempo sería un crimen no hacerlo. Todo eso ayuda.

–¿No tienes biquini?

Esa pregunta impaciente sorprendió a Carly. Le miró a los ojos.

–¿Un biquini?

–Ya sabes… Esa prenda de dos piezas, la favorita de las mujeres de tu edad, esas a las que no les gusta ponerse la ropa de su abuela.

Carly sintió un repentino ardor en las mejillas. Bajó la vista.

–No tengo figura para un biquini.

–¿Y qué clase de figura es esa?

–Estoy demasiado gorda.

–No estás demasiado gorda. Tienes curvas. Es cierto. Pero todo está en su sitio. Además, a los hombres les gustan las curvas. De hecho, les gusta verlas. No les gusta que las escondan debajo de sacos de patatas ni de ropas informes que no favorecen en nada. Deberías intentarlo un día. Deja de quejarte de tu aspecto y haz algo para cambiarlo, si te hace tan infeliz.

–Dices cosas muy bonitas, Luis.

–A lo mejor era algo que necesitabas oír.

Carly cerró el libro de golpe.

–¿Qué hora es?

–Las cuatro y diez.

–Entonces será mejor que empecemos con tu masaje.

–Si tú lo dices, Carly.

–Sí lo digo.

Pero Luis no se movió. No podía hacerlo, porque un masaje era lo último en lo que pensaba en ese momento. Desde su posición, lo único que veía eran sus piernas. Habían tomado un color que le recordaba al dulce de leche de su madre, ese que solía hacerle antes de que la traición partiera en dos su mundo de niño y lo cambiara para siempre.

Cambió de postura, pero no sirvió para aliviar el ansia que crecía bajo su vientre.

–Dame quince minutos –le dijo en un tono seco–. Tengo que hacer una llamada primero.

–Quince minutos entonces –Carly se levantó de la tumbona como si estuviera deseando alejarse de él–. Te veo en la sala de masajes.

Luis la siguió con la mirada, fijándose en el movimiento de sus caderas. El traje de baño se le estaba subiendo y dejaba al descubierto más piel de la que ella hubiera querido enseñar. Seguramente se hubiera puesto roja como un tomate de haber sabido que casi podía verle todo el trasero en ese momento.

Tras apoyar el bastón contra la tumbona, Luis sacó el teléfono móvil y llamó a sus oficinas de Argentina. Durante un tiempo su mente se vio ocupada por toda clase de consideraciones prácticas relativas a su imperio empresarial, pero a medida que ordenaba la información que le daban, imágenes inesperadas comenzaron a colarse en su cabeza. Eran recuerdos dolorosos, enterrados mucho tiempo atrás. Trató de bloquearlos, pero no funcionó. Con la vista fija en el bastón que le servía de apoyo, de repente se sorprendió recordando el accidente con una claridad cristalina que le hizo sobrecogerse. Era demasiado fácil recordar esa extraña fracción de segundo de calma, momentos antes del impacto. Después había llegado el ruido ensordecedor del metal al doblarse. El coche acababa de estrellarse contra un lado de la pista. Cerró los ojos al recordar el olor del caucho quemado y el primer roce

de una llamarada. El vehículo se había convertido en una bola de fuego. El sonido distante de las sirenas y los gritos ahogados de aquellos que acudían en su ayuda sonaban cada vez más cerca. Recordaba haber quedado atrapado en aquel ataúd de metal, pensando que iba a morir.

Luis echó a andar hacia la sala de masajes. Algo acababa de activarse en su interior y le hacía moverse hacia delante. Abrió la puerta con cuidado y parpadeó, cegado por la luz. Carly estaba de espaldas a él, organizando frascos de aceites aromáticos. Se había puesto su uniforme y la falda se le ceñía al trasero, realzando sus generosas curvas.

–Me… has sorprendido –dijo ella de repente, dándose la vuelta.

–No era mi intención.

–¿Dónde está tu bastón?

Sorprendido, Luis bajó la vista y vio que no tenía nada en las manos. Lo había dejado atrás.

–No me había dado cuenta. Debí de dejarlo en la piscina.

–Iré a buscarlo.

–No. Ya no lo necesito.

–Creo que eso debería decirlo el médico.

–Mi médico no está aquí, Carly –echó a andar hacia ella y entonces se dio cuenta de que por primera vez en mucho tiempo era capaz de andar sin apoyo.

Una carcajada de alegría escapó de sus labios.

–Pero tú sí estás aquí.

–Yo no puedo dar consejos médicos.

–Y yo no necesito ninguno –le dijo él, deteniéndose justo delante de ella–. Por lo menos no para lo que tengo pensado.

–Oh. ¿Y qué es?

–Eres una mujer muy inteligente, Carly. No me hagas preguntas para las que ya tienes la respuesta.

Carly le miró fijamente. Sus ojos parecían más grandes que nunca, pero también parecían cansados.

–No sé de qué hablas –le dijo, sacudiendo la cabeza.

–Oh, por favor. No finjas, Carly. Eres demasiado lista para eso, a no ser que quieras negar la química que hay entre nosotros y que lleva semanas creciendo, o a menos que vayas a negar que quieres besarme tanto como yo a ti. Me estás volviendo loco, y tengo la sensación de que, si no hago algo al respecto pronto, uno de los dos o los dos vamos a perder la razón.

Temblando de pies a cabeza, Carly sintió su mano sobre la nuca. Notó cómo se curvaban sus dedos, sujetándola con firmeza. Podía sentir el revoloteo de sus propias pestañas y los párpados le pesaban mucho.

–No podemos hacer esto.
–¿Por qué no?
–Ya sabes por qué no. Yo trabajo para ti.
–Te daré una excedencia.
–Eso no tiene gracia.
–No pretendía que la tuviera. Nunca he hablando tan en serio.
Todavía seguía acariciándole la nuca y Carly sabía que debía apartarse antes de que fuera demasiado tarde, pero no era capaz de hacerlo.
Sus miradas se encontraron otra vez.
–No podemos –volvió a decirle.
–Deja de luchar. Podemos hacer lo que nos dé la gana –le dijo con brusquedad al tiempo que tiraba de ella.
Su beso, sin embargo, fue completamente distinto a sus palabras, suave, insistente y lo bastante inocente como para hacerla relajarse. Carly sintió que sus propios labios se entreabrían sin que tuviera que hacer ningún esfuerzo. Notó el roce de su lengua contra el cielo de la boca y se aferró a él con ambos brazos, asiéndole con una avidez que la sorprendía. Llevaba semanas observándole y deseándole y por fin podía tocarle.
De repente sintió que una necesidad arrolladora la consumía por dentro. El pasado se convirtió en un lugar desolado que se alejaba cada vez más. El presente era lo único que importaba, y Carly quería saborear cada segundo.
¿Hizo algún ruido? ¿Fue por eso que él levantó la cabeza y la miró con un brillo especial en esos ojos negros suyos? Sus labios esbozaron una sonrisa fugaz y entonces volvió a besarla.
Carly no llegó a saber muy bien cuánto había durado ese segundo beso, pero sí notó una nueva determinación que hasta entonces no había experimentado. Él la apoyó contra la pared y comenzó a acariciarle el rostro. Deslizó los dedos a lo largo de su cuello, dibujando pequeñas líneas alrededor de sus hombros. Carly se estremecía. Un momento después esos mismos dedos bajaban por su pecho. Carly comenzó a moverse con impaciencia. Luis dejó escapar una risita y comenzó a tirar de la cremallera de su uniforme. El cierre se resistió un poco, pero finalmente logró bajárselo hasta la cintura. La prenda se abrió con facilidad, dejando sus pechos al descubierto.
Carly sintió una ráfaga de aire frío sobre la piel. Él murmuró algo y se retiró un poco para contemplarla.
–Perfecta –dijo de pronto, abarcando uno de sus pechos con la palma de la mano. Deslizó el dedo pulgar sobre uno de los pezones, endureciéndolo.
–¡Oh! –exclamó ella.
–¿Todavía sigues pensando que no podemos? –le preguntó él en un

tono burlón.

Carly no podía pensar en nada que no fuera lo que le hacía sentir. La mano de Luis se había extraviado hasta llegar a su cintura y en ese momento le estaba subiendo el vestido. Carly sentía un calor insoportable. Sentía la piel tirante sobre el cuerpo y el corazón se le salía del pecho. Cerró los ojos. Apenas se atrevía a respirar por miedo a que él recuperara el juicio y se detuviera.

Pero él no parecía tener intención de detenerse, sino que la empujaba hacia la estrecha camilla de masajes. El trasero de Carly chocó contra la suave superficie de cuero. De manera instintiva, le clavó los dedos en el cuello. Tenía miedo de caerse al suelo y de arrastrarle con ella, rompiendo así la magia. Él sonrió.

–Relájate. No estaría haciendo esto si no pensara que soy capaz de llegar hasta el final.

El golpe de alarde sexual fue como un jarro de agua fría para Carly. La magia y el deseo comenzaron a disolverse poco a poco. ¿Qué estaba haciendo? Se trataba de Luis, su jefe… Luis, el que se acostaba con actrices y supermodelos. Una ola de pánico se cernió sobre ella como dos enormes alas negras.

Simplemente estaba en el sitio adecuado en el momento justo. Era por eso por lo que Luis Martínez quería acostarse con ella.

Terriblemente avergonzada, Carly le empujó en el pecho.

–¡No!

Él debió de pensar que estaba jugando porque se acercó más y le rozó los labios con los suyos propios.

–Oh, Carly. Cállate y bésame.

–No –volvió a decir Carly, empujándole con la palma de la mano.

Esa vez él sí se dio cuenta de que hablaba en serio. Había auténtica sorpresa en sus ojos, como si fuera la primera vez que alguien le hacía detenerse.

Carly se bajó de la camilla. Con dedos temblorosos, se subió la cremallera del uniforme y se colocó la falda.

–¿Qué estás haciendo?

–¿A ti qué te parece? Voy a parar todo esto antes de que se nos escape de las manos.

–No lo entiendo. Hace unos segundos estabas encantada con ello y ahora te comportas como si fuera el gran lobo malo –el rostro de Luis se oscureció–. A mí no me gustan las mujeres que juegan a estos juegos. ¿Qué pasa, Carly?

–¿Que qué pasa? –apartándose de él, Carly se agarró de la mesa para no perder el equilibrio–. ¿Por dónde quieres que empiece? ¿Quieres que empiece por la total falta de profesionalidad que hemos demostrado?

–Ya te dije que estaba dispuesto a pasarlo por alto.

Carly sacudió la cabeza. Cuando se trataba de hombres las cosas nunca le salían bien. A lo mejor simplemente era una de esas mujeres que llevaban escrita la palabra «víctima». Miró a Luis. Contempló su magnífico cuerpo, escondido debajo de unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca.

¿Cómo iba a interesarse en ella alguien como él en circunstancias normales?

–Bueno, yo no estoy lista para pasarlo por alto, porque a ninguna mujer le gusta sentirse sustituta.

–¿De qué demonios estás hablando?

–Oh, vamos. Se trata de mí, Luis, no de alguien que has recogido en una fiesta. Llevo en tu vida el tiempo suficiente para saber cómo eres. Y eres un mujeriego notorio. Te encantan las mujeres.

–¿Y eso quiere decir…?

–Que te conocen por tu debilidad por las actrices y las modelos. Durante todo el tiempo que llevo trabajando para ti, nunca te he visto codearte con alguien que… ¡Alguien como yo! Alguien normal, alguien en quien te has fijado precisamente ahora porque estoy aquí, por nada más.

Luis tardó unos segundos en contestar.

–¿No crees que podría tener a una de esas actrices o modelos en mi cama en cuestión de una hora, si quisiera? ¿Crees que no me sería todo mucho más fácil si lo hiciera?

–Bueno, ¿por qué no lo haces?

–Porque es a ti a quien quiero. Puede que esté mal y sé que es inexplicable, pero… te… quiero… a… ti. Y tú me deseas a mí también.

Carly le miró fijamente. Su voz se había endurecido a causa del deseo, pero solo había una palabra que reclamaba su atención.

Inexplicable.

No era capaz de explicar por qué la deseaba tanto. Sin embargo, tampoco le estaba diciendo nada nuevo. Solo le estaba dejando claro algo que ya sabía: que sería una aventura de una vez y que todo acabaría en un mar de lágrimas para ella. Para los hombres como Luis las mujeres solo entraban en dos categorías: las chicas buenas y las prostitutas.

Si le contaba la verdad, no obstante, a lo mejor lograba que respetara su inocencia, una inocencia que le situaba fuera de su alcance y que impediría que algo así volviera a ocurrir.

–Bueno, no va a pasar, porque yo…

–¿Qué?

Carly tragó con dificultad.

–¡Soy virgen! –gritó–. ¡Sí! ¿Ahora lo entiendes, Luis? Soy un bicho raro. ¡Una mujer de veintitrés años de edad que nunca ha tenido sexo

con nadie!

Dio media vuelta y echó a correr como si la persiguiera un perro rabioso.

Capítulo 6

El no fue tras ella. No la siguió hasta la suntuosa habitación situada frente a la bahía. No trató de besarla a toda costa hasta borrar todas sus objeciones.

Carly estaba de pie, contemplando los lujosos yates blancos que surcaban el agua a lo lejos. ¿Cómo había podido llegar a pensar que lo haría?

Se mordió el labio al verse invadida por las dudas. Aunque hubiera decidido no acostarse con ella, al menos podría hacerle dicho que no era un bicho raro. Se apartó de la ventana y fue hacia el espejo. Se vio como Luis debía de haberla visto, con la piel enrojecida, el pelo alborotado y unos ojos que ya no le parecían propios. Tragó con dificultad. La Carly que tenía delante le era totalmente desconocida.

Tiró el uniforme en el cesto de la ropa sucia, se lavó la cara y se cambió. Se cepilló el pelo y se hizo su coleta de siempre. ¿Qué iba a hacer hasta la hora de cenar? ¿Y qué iba a decirle a él cuando volviera a verle? ¿Cómo había podido confesarle algo tan íntimo de esa manera?

Sus pensamientos confusos se vieron interrumpidos por alguien que llamaba a la puerta. Cuando fue a abrir se encontró con Luis al otro lado.

Pero su rostro no reflejaba el enojo que esperaba. ¿No era burla lo que veía en sus ojos?

–Tienes que entender que… que si quieres que los hombres corran detrás de ti, será mejor que escojas a uno que pueda correr.

Carly tragó en seco.

–No quería que vinieras corriendo detrás de mí.

–Oh, pues a mí me parece que sí –le dijo, levantando las cejas–. ¿No me vas a invitar a entrar?

–No creo que sea una buena idea.

–¿Acaso tienes una mejor? ¿Como fingir que no ha pasado nada?

–No ha pasado nada.

–¿No?

–¡No!

–Mira. ¿Por qué no abres esta puerta del todo y me dejas entrar para que podamos tener esta conversación en privado?

–¿Eso es una orden?

–Si es eso lo que hace falta, entonces sí. Es una orden.

Carly titubeó.

–Muy bien. Entra, ya que estás empeñado –le dijo en un tono de pocos amigos, abriendo la puerta un poco más.

Luis entró en la habitación y ella cerró la puerta tras él. Llevaba más de una hora intentando convencerse de que ir a verla era una mala idea, pero no era capaz de olvidar lo ocurrido, o tal vez no quería olvidar.

Se volvió hacia ella. Tenía el rostro contraído por la tensión y no paraba de morderse la cara interna del labio.

–¿A qué has venido, Luis?

–No he venido a disculparme, si es eso lo que estás pensando.

–Bueno, ¿entonces para qué? –le preguntó, rehuyéndole la mirada.

–Quiero saber por qué hablaste así de tu virginidad.

Carly se encogió. Su franqueza parecía haberla sorprendido.

–¿Y de qué manera hablé? –le preguntó en el mismo tono de voz que hubiera utilizado para hablar del tiempo.

–Como si te avergonzaras.

Carly bajó la vista y guardó silencio durante unos segundos.

–¿Por qué te sorprende? No es algo de lo que uno pueda estar orgulloso, ¿no? Vivimos en una era en la que nos bombardean constantemente con imágenes sexuales y la gente que no tiene sexo maravilloso todo el tiempo es tachada de bicho raro. La mayoría de las mujeres de mi edad no son como yo.

–Haces que parezca una especie de carga que llevas encima.

–En cierto modo, sí que lo es.

Él arrugó los párpados.

–Sin embargo, cuando me ofrecí a liberarte de este estado de reclusión autoimpuesta, diste media vuelta y saliste corriendo.

Carly apretó los nudillos.

–Fuiste muy generoso al ofrecerte a «liberarme» –le dijo Carly con sarcasmo–. Pero no necesito obras de caridad. No necesito que el gran semental Martínez me enseñe todo lo que he hecho mal hasta ahora.

Luis arqueó las cejas.

–¿Y qué has hecho mal hasta ahora?

–No importa.

–Sí. Sí que importa.

–Por favor, no sigas por ahí, Luis.

–¿Por qué no? Creo que deberías hablar de ello.

De repente Carly sintió que las fuerzas la abandonaban. Se sentó al borde de la cama y le miró a los ojos.

–¿Qué quieres saber?

–Todo.

–Eso es mucho pedir.

–Lo sé.

Carly permaneció en silencio durante un minuto. Trató de convencerse de que él no tenía derecho a exigirle algo así, pero entonces recordó que había sido ella quien había empezado al contarle una pequeña parte de la historia.

–Entonces, ¿por qué, Carly?

Su pregunta suave y sutil atravesó todas las defensas de Carly. De repente estaba allí de nuevo, con esa música atronadora y los haces de luz. Volvió a sentir aquella horrible sensación de mareo que la había hecho terminar agachada en el jardín helado, vomitando.

–Estaba en una fiesta.

–¿Cuándo?

–Tenía dieciséis años, pero seguramente parecía mayor. Llevaba semanas sin salir de casa por mi padre, así que me fui a una fiesta enorme en las afueras de la ciudad con una amiga del instituto. Por una vez, iba maquillada y unas amigas me habían prestado algo de ropa. Estaba emocionada. Allí había un tipo… Yo había bebido un par de copas, y él también. Él seguramente habría tomado más de dos, pensándolo bien.

–¿Entonces estaba borracho?

–Un poco. Pero más que nada estaba encaprichado de otra persona, alguien que no le quería.

–No te entiendo, Carly.

–¿No? –Carly dejó escapar una carcajada vacía–. Muy bien. Entonces de lo diré más claro. Se suponía que yo iba a ser su amante sustituta esa noche, aunque en ese momento yo no lo sabía. Yo fui la afortunada a la que escogió para sentirse mejor consigo mismo, para sentirse deseado. Seguro que ya puedes adivinar qué pasó a continuación.

–Oh, puedo imaginármelo, pero preferiría que me lo dijeras. Dices que quieres ser médico. Bueno, serás un médico mucho mejor si no te aferras al pasado y lo usas como un escudo.

Hubo una pausa incómoda que se prolongó más de lo debido.

–Comenzó a besarme y después empezó a tocarme. Al principio a mí me gustaba. Me gustaba cómo me hacía sentir. Pero entonces…

–Entonces, ¿qué, Carly?

Sus palabras sonaban distantes, como si procedieran de muy lejos.

–Él… –Carly hizo una mueca de dolor al recordar todo aquello. Sacudió la cabeza.

–¿Te violó?

–No. Eso no.

–Pero te tocó… ¿Íntimamente?

–Sí.

–¿De forma agresiva?

–Sí.
–Bueno, esa es una definición de violación en muchas leyes –dijo Luis.
Había una oscura rabia en su rostro que Carly no había visto antes.
–¿Qué le hizo parar?
–Alguien entró en la habitación para recoger un abrigo.
–¿Y entonces llamaste a la policía?
Carly no contestó inmediatamente. Eso era lo que más la avergonzaba. Había sucumbido a la presión y a las expectativas de otras personas. Les había permitido que tomaran el control de la situación.
–No. Al final decidí no hacerlo.
–¿Decidiste no hacerlo?
–Eso he dicho.
Hubo otra pausa.
–¿Quieres decirme por qué?
Carly le miró a los ojos.
–¿Qué te impidió denunciarlo?
–Mi madre.
–¿Tu madre?
–Dijo que sería imposible probarlo, que sería su palabra contra la mía, y tenía razón. Era un tipo muy rico, y con muchos amigos. Podría haber contratado a los mejores abogados. Yo no era más que una chica corriente con un padre enfermo y sin dinero. No hubiera tenido ninguna posibilidad. Mi nombre no valía nada en ese contexto. Además, hubiera sido otra cosa más que añadir a la larga lista de problemas que teníamos en casa. No llegó a violarme.
–¿Y qué pasa con la persona que entró a recoger el abrigo? ¿No podrían haber prestado declaración?
Carly dejó escapar una risotada amarga.
–Era un amigo de él. Para esa persona solo estábamos «retozando».
Luis hizo una mueca de dolor.
–Cabrón –dijo con rabia.
Fue hacia la cama y se sentó junto a ella.
Carly se puso tensa, pero el brazo que le rodeaba los hombros no era un gesto de seducción, sino de protección.
–Fue entonces cuando empezaste a esconder tu feminidad, ¿no?
–No sé de qué estás hablando.
–Oh, yo creo que sí. Seguramente fue entonces cuando empezaste a hacerte esa maldita coleta, para que nadie te viera el pelo. Dejaste de ponerte ropa favorecedora y tiraste a la basura el maquillaje que lleva la mayor parte de chicas de tu edad. Debiste de pensar que, si no llamabas la atención sobre ti, no obtendrías atenciones que no buscabas. Pensaste que siendo invisible la gente no te vería y nunca

más te volvería a pasar algo así.

Carly sintió el picor de las lágrimas detrás de los párpados, pero no lloró. Esa hubiera sido la humillación final.

–¿De pronto te crees cualificado para hacer de psiquiatra simplemente porque te he contado mi patética historia?

–No es una historia patética, Carly. Es la verdad. Y quiero ayudarte.

–Bueno, yo no quiero tu ayuda –le dijo ella, apartándose de él y mirando hacia la terraza.

–Puede que no quieras ayuda, pero sí me quieres a mí.

Carly se volvió hacia él. De repente se dio cuenta de que estaba sentada en la cama, demasiado cerca de Luis.

–No. Eso no es cierto.

–Entonces deberías intentar decirlo como si fuera verdad –Luis esbozó una dura sonrisa–. Pero los dos sabemos que es imposible.

–No me puedo creer que estés diciendo esto. ¿De verdad crees que es… aceptable? –la voz de Carly temblaba sin cesar–. ¿Empezar a hablar de deseo, teniendo en cuenta lo que acabo de contarte?

–Sí. Así lo creo. Lo que te pasó fue algo muy malo, y el tipo que se aprovechó de ti es escoria, pero todo pasó hace mucho tiempo y no puedes dejar que eso condicione el resto de tu vida. El sexo no está mal, Carly. Es algo natural. Es uno de los grandes placeres de la vida y tú te lo estás perdiendo. ¿Es que no lo ves?

Carly le miró fijamente a los ojos.

–¿Crees que podemos volver a lo de antes?

–Probablemente –tomó una de sus manos y le dio la vuelta para examinar la palma de su mano. Era como si estuviera leyendo la línea de la vida en su piel. Cuando volvió a levantar la vista, había un interrogante en sus ojos–. Pero yo no quiero. Y tú tampoco. En realidad, no.

Había empezado a tocarle las mejillas con las yemas de los dedos y Carly tenía que resistir el impulso de cerrar los ojos. Era tan maravilloso sentir sus caricias.

De pronto sintió su dedo pulgar sobre el labio inferior. El contacto la hizo estremecerse.

–Luis…

Él sonrió, como si acabara de ganar una batalla.

–Dime algo, Carly. ¿Estás guardando tu virginidad para el hombre con el que te casarás un día?

La pregunta la sacó de su ensoñación.

–Es una pregunta muy rara para hacerla precisamente en este momento –le dijo, sorprendida–. Y la respuesta es no. No la guardo para nadie. Eso no es como el dinero que metes en el banco. Es que nunca he conocido a nadie que…

–¿Que te haga sentir lo que yo te hago sentir?

Su afirmación podría haber resultado arrogante, pero no fue así porque lo que decía era cierto.

Carly sacudió la cabeza.

–No.

Él se inclinó hacia delante y sus labios tomaron el relevo de sus manos.

–Quiero ser tu amante, Carly –le dijo, rozándole los labios de una forma que la hacía temblar aún más–. Quiero enseñarte a disfrutar del placer. Me has ayudado a mejorar, me has curado, así que deja que yo te cure ahora.

–¿Curación sexual?

–Si quieres llamarlo así.

Ella se apartó de él.

–Es… es una idea absurda.

–¿Por qué?

–¿Cómo iba a funcionar? –le preguntó, ignorando su pregunta anterior–. Si yo accediera.

–En realidad no he pensado mucho en esa parte. Me pareció que era un poco… presuntuoso por mi parte.

–Supongo que sí –dijo Carly.

Eso le traía sin cuidado, no obstante. Solo quería que Luis empezara de nuevo, que volviera a besarla y que la hiciera sentir como antes. Quería sentir sus manos sobre el pecho, en el cabello.

Cerrando los párpados, levantó la barbilla y le invitó a besarla en silencio. La risa de Luis, sin embargo, la hizo abrir los ojos de nuevo.

–Oh, no. No es así como quiero seducirte, querida. No va a ser ni aquí ni ahora. No va a ser rápido y efímero ni nos vamos a revolcar en la cama como dos adolescentes hambrientos. Será lento y sutil, una fiesta para los sentidos, un banquete y no algo que devoras sin apenas probarlo. Quiero que estés segura de que esto es lo que quieres en realidad –esbozó una sonrisa lenta–. Y cuando lo estés, no habrá limitaciones.

Carly quería llevarle la contraria. Quería hacerle caso a esa vocecilla que cuestionaba su propia cordura, pero el impulso que la movía era más poderoso.

–Bueno…

–Bueno –repitió Luis, poniéndose en pie rápidamente, como si no aguantara estar sentado a su lado en la cama por más tiempo–. Nos vemos en la terraza superior a las ocho. Le pediré al cocinero que prepare algo frío y le daré el resto de la noche libre a todo el personal. No nos molestarán.

Carly sintió un escalofrío sobre la piel.

–Me gustaría que llevaras una falda o un vestido para que luzcas las piernas un poco. Oh, y déjate el pelo suelto. No quiero verte con esa

horrible coleta.

–¿Algo más? –le preguntó Carly, disfrazando de sarcasmo el dolor que sentía de repente.

–Sí. Y seguramente esto es lo más importante de todo –la miró a los ojos.

Su sombra la envolvía como un oscuro manto.

–Necesito que me prometas que no te vas a enamorar de mí. Me gusta el sexo, el sexo bueno, pero no me va lo del amor. ¿Lo entiendes, Carly? Lo digo de verdad. Y si crees que esto va a terminar en campanas de boda y nubes de confeti, entonces estás equivocada.

Carly sabía que hablaba muy en serio. Su tono implacable y el brillo metálico de sus ojos no dejaban lugar a dudas.

–No tienes que preocuparte por eso. Créeme. No tengo ganas de caminar hacia el altar convertida en un pastel de tul para después escuchar una larga ristra de discursos infumables. Voy a ser médico, no ama de casa, y puedes estar seguro de que no corro peligro de enamorarme de ti, Luis. Te conozco demasiado bien.

Él sonrió.

–Eso es lo que me gusta de ti, Carly. Me gusta tu forma clara de pensar.

Carly le miró a los ojos entonces y no pudo evitar preguntarse si realmente lo tenía todo tan claro como él creía.

Capítulo 7

Carly se puso cada vez más nerviosa a medida que se acercaba la cena. La boca se le había secado y las manos le temblaban. Pensó seriamente en abandonar la idea y en decirle a Luis que todo había sido un malentendido. ¿Realmente estaba dispuesta a perder la virginidad con un hombre como él, alguien que se lo había dejado todo muy claro desde el principio? Pensó en lo que él le había dicho acerca de su apariencia y de su ropa.

Se quitó la goma del pelo. ¿Cuál iba a ser su nuevo rol a partir de ese momento? ¿Iba a ser su amante, o solo era alguien que se estaba metiendo en algo que la superaba por completo?

Tras darse un buen baño, buscó algo apropiado para llevar esa noche, pero eso la hizo sentir incluso peor. Se había convencido a sí misma de que la ropa bonita le era indiferente, pero mientras examinaba sus discretas faldas y camisetas deseó que alguien apareciera en ese momento con una varita mágica en las manos.

Hizo todo lo que pudo. No sabía cómo arreglarse para captar la atención de un hombre. Llevaba años sin llevar maquillaje y la única bisutería que tenía era una perla diminuta que colgaba de una cadena de oro; un regalo de su abuela. Se la puso alrededor del cuello con dedos temblorosos, pero cuando se miró en el espejo supo que no podía seguir adelante.

Su madre siempre había tenido razón.

«Aunque la mona se vista de seda, mona se queda», pensó.

¿Qué diría Luis cuando la viera con su cara lavada, su ropa barata y ese par de sandalias que no exhibían una pedicura perfecta? ¿Cómo iba a presentarse así en la terraza?

Comenzó a caminar de un lado a otro, pero eso no hizo más que incrementar su paranoia. ¿Y si le llamaba y le decía que había cambiado de idea? A lo mejor se molestaba, pero finalmente lo entendería. A lo mejor incluso se llevaba un gran alivio.

Vacilante, caminó hasta la cama. El teléfono estaba sobre la mesita de noche.

¿Qué iba a decirle?

De repente alguien llamó a la puerta con sigilo y un segundo después Luis estaba en la habitación. La miró de arriba abajo. Su rostro estaba ensombrecido por las dudas.

–¿Ahora te ha dado por entrar en los sitios sin pedir permiso? –le preguntó ella.

–Pensé que sería mejor venir a buscarte. Pero a juzgar por la cara que tienes, que no te hayas presentado en la terraza indica algo más que tu habitual impuntualidad.

Ella sacudió la cabeza. Ni siquiera se molestó en esconder sus sentimientos para fingir que le daba igual.

–Luis, no puedo hacerlo.

Él iba hacia ella. A cada paso que daba, el corazón de Carly latía más fuerte. No llevaba más que unos vaqueros y una camiseta de lino, pero su poder resultaba arrollador de todos modos. Carly comenzó a sentirse cada vez más pequeña, como si estuviera encogiendo. ¿Cómo se había puesto en esa situación? ¿Qué le había dicho de aquellas mujeres que se había encontrado en el aeropuerto? ¿Cómo se le había ocurrido contemplar la idea de practicar sexo con Luis Martínez?

–¿Qué es lo que no puedes hacer?

Ella se mordió el labio.

–No puedo seguir adelante con esto.

–Lección número uno: mostrar dudas no es la mejor manera de recibir a un posible amante. Y tampoco es buena idea quedarse aquí con esa cara de terror.

–Luis, hablo en serio.

–Relájate, y déjame que te vea.

Llevaba una camiseta de color rosa que parecía nueva y la falda vaquera le disimulaba un poco las caderas, pero aun así…

–No tengo nada especial que ponerme. Además, no esperaba esto.

–Pero eso es lo que te hace estar perfecta; tu falta de artificio y tu ausencia de expectativas. Tu naturalidad es refrescante.

Carly le miró con ojos de escepticismo.

–Pensaba que no te gustaba lo que suelo llevar.

Él se encogió de hombros.

–Y no me gusta especialmente. No sueles sacarte mucho partido, pero tu sencillez tiene un atractivo particular. Ni siquiera el más cínico de todos los cínicos es inmune a unos ojos diáfanos y al resplandor de la piel sana. Además, por fin muestras uno de tus puntos fuertes –tomó un mechón de pelo de Carly entre los dedos y lo dejó caer sobre sus hombros–. Tu pelo es la fantasía de un hombre, y ahora mismo eres la mía.

–Luis… –dijo Carly, sin aliento.

La tensión la había abandonado y otra clase de sensaciones habían aparecido en su lugar. Los ojos de Luis, más oscuros que nunca, le dejaban claro que él también lo sentía.

De repente movió las manos hasta sus caderas y la atrajo hacia sí. El corazón de Carly comenzó a latir cada vez con más fuerza. El calor de

su cuerpo masculino la envolvía.

–Carly, mi dulce e inesperada Carly.

Ella no dijo nada y una parte de él se alegró de que guardara silencio. Por primera vez sentía la punzada de la duda. Reparó en la forma en que ella le miraba, con esos ojos llenos de inquietud y los labios entreabiertos. Era todo inocencia y asombro. Al acercarse a ella se vio asediado por una ola de deseo mucho más dulce de lo que había esperado, pero la conciencia le pisaba los talones.

No podía hacerle daño. No iba a hacerle daño.

–Ven aquí –le dijo, sujetándole las mejillas con ambas manos. Lentamente bajó la cabeza y comenzó a besarla.

Al principio fue un beso ligero, apenas un mero roce, pero entonces todo cambió. Metió la lengua en su boca y comenzó a explorar su cuerpo completamente vestido, despertándolo poco a poco. Incluso el sabor de su pasta de dientes le resultaba agradable.

Era la transformación más instantánea y sorprendente que había visto en toda su vida. De repente Carly se había convertido en fuego. Le sujetó del cuello con fuerza y comenzó a tirar de él. Le besaba con una pasión que le tomaba por sorpresa una y otra vez. Luis gruñó al sentir sus dedos en el pelo. Ella le empujaba con la pelvis y su absoluta falta de artificio le hacía sentir… Podía oír el rugido de su propia sangre al correr por las venas, pero no sabía muy bien cómo le hacía sentir eso.

De pronto se sorprendió a sí mismo quitándole la camiseta con la misma desesperación que un adolescente lleno de hormonas. Le desabrochó el sujetador y se echó hacia atrás un instante para contemplar sus pechos. Eran completamente blancos y sus pezones eran del color del capuchino. Ella intentó taparse con las manos, pero él se lo impidió.

–¿Qué haces?

–Sé que son demasiado grandes.

–¿Estás de broma? –Luis sonrió–. Son perfectos. Tus pezones son del tamaño perfecto para la boca de un hombre. ¿Quieres que te enseñe lo bien que encajan en la mía?

Carly se sonrojó y dejó que le quitara las manos de los pechos.

–Luis –murmuró al sentir sus labios alrededor de uno de ellos.

Pero Luis no dijo nada. Se había olvidado de su diálogo juguetón completamente. En realidad no podía hablar. Cada vez se excitaba más mientras le chupaba los pezones y jugar con ellos hasta hacerla gemir de placer era una exquisita tarea. La falda vaquera restringía sus movimientos, así que se la bajó por las caderas hasta que cayó a sus pies. Y cuando por fin metió la mano entre sus piernas, sintió la humedad en sus braguitas.

Frotándola con suavidad, la empujó hasta tumbarla en la cama y

entonces se apartó de ella un momento.

–Quédate ahí.

–¿Crees que estoy en condiciones de irme a alguna parte?

–Nunca dejas de sorprenderme, así que no pondría la mano en el fuego.

Carly le observó mientras se quitaba la ropa con impaciencia. Se sacó un preservativo del bolsillo y lo colocó sobre la mesita de noche, junto a su teléfono móvil.

Esperaba sentir asombro al verle totalmente desnudo y listo para hacer el amor, pero no fue eso lo que sintió. Más bien experimentó un gran alivio al verle quitarse los bóxer para tumbarse a su lado. Podía sentir el roce del vello de su pecho mientras la besaba.

Él deslizó las manos por sus caderas. Metió los dedos por dentro del elástico de sus braguitas y se las bajó hasta las rodillas. Le besó los pechos y después el vientre. La tocó en su rincón más íntimo hasta hacerla retorcerse de placer y de deseo.

De repente, Carly se sintió como si fuera otra persona, otra mujer, una mujer de verdad. Las diferencias entre ellos ya no importaban. Comenzó a explorar su cuerpo tal y como había querido hacer durante tanto tiempo. Tocó esos huesos angulados, los músculos duros. Deslizó las yemas de los dedos sobre la suave superficie de su piel y arrastró los labios a lo largo de su mandíbula hasta encontrar el calor de su oreja.

–Por favor –susurró, apenas consciente de lo que le estaba pidiendo.

–Por favor, ¿qué? –murmuró él, deslizando los dedos hasta llegar a sus labios más íntimos–. ¿Esto?

Carly no dijo nada audible, pero sí se aferró a él de una forma que lo dejaba todo claro. Él buscó el preservativo y abrió el paquete. El ruido del plástico resultaba estruendoso en mitad de la quietud que los acompañaba. Tras un momento de expectación, se colocó encima de ella.

Carly no tardó en sentir la punta gruesa, presionando contra su sexo. Levantó la vista y buscó sus ojos. Esa mirada era lo más íntimo que había ocurrido entre ellos hasta el momento.

–Luis –susurró ella.

–A lo mejor te… duele un poco –dijo él–. No lo sé. Haré todo lo que pueda para que no sea así.

Un segundo después entró en ella, lenta y deliciosamente, hasta llenarla del todo. Carly no sintió dolor. Hubo un momento de incomodidad, pero no duró más que una fracción de segundo. Y fue entonces cuando el placer comenzó a inundarla, disipando todas las dudas y los pensamientos negativos para reemplazarlos con placer y satisfacción.

Él comenzó a moverse dentro de ella. Le decía cosas bonitas y

jugaba con ella. Hacía que todo pareciera posible. Al principio Carly pensó que esa sensación efímera y escurridiza que empezaba a sentir en un remoto rincón de su cuerpo no era más que el atisbo de un imposible, pero cuando volvió a suceder se puso tensa. Temía perderlo por el camino. Era como cerrar los ojos ante un arcoíris y no volver a abrirlos de nuevo.

–Relájate, querida –murmuró él, empujando de nuevo.

A lo mejor fue precisamente ese apelativo lo que la hizo creer que cualquier cosa era posible. Estaba al borde de algo mágico, intentando alcanzar algo que la eludía, algo que parecía estar fuera de su alcance, y entonces… de repente… ocurrió.

Su cuerpo se contrajo y todos esos arcoíris que parpadeaban se volvieron nítidos y brillantes. Luis echó atrás la cabeza y gruñó con todo su ser y el cuerpo de Carly pareció romperse en un millón de partes hermosas.

Capítulo 8

Carly no podía dormir, así que al final se cansó de intentarlo. Lentamente se levantó de la cama, todavía deshecha e impregnada de ese olor a sexo que tan poco familiar le resultaba. Reparó en la marca de la otra almohada; la evidencia tangible de que por primera vez en su vida no había dormido sola. Un hormigueo le recorrió la piel al recordarlo.

Había dormido con Luis. Se había entregado al playboy argentino con una avidez que aún la hacía sonrojarse. Apartándose el pelo de la cara, se tocó las mejillas. Las tenía ardiendo. No habían dormido mucho. Había sido una larga noche de descubrimientos.

Tragó con dificultad al recordar lo nerviosa que se había puesto. Había caminado de un lado a otro por toda la habitación, asustada, temiendo el momento de bajar a cenar. Pero, de alguna forma, él se lo había puesto todo fácil. Había ido a su dormitorio y había empezado a besarla sin más, como si todo fuera natural y normal.

Había hecho el amor con Luis Martínez y él parecía haberlo disfrutado tanto como ella. Se habían olvidado de la cena. Alrededor de las diez, Luis se había puesto los pantalones y había bajado a la terraza para buscar la comida que se había quedado allí. Habían comido uvas y queso en la cama y él había abierto una botella de vino llamado Petrus.

Con los primeros rayos de sol, él había vuelto a su dormitorio. Inclinándose sobre ella, le había dado un beso en la frente y le había dicho que todo sería más fácil si no estaba allí por la mañana.

En eso también tenía razón. Carly lo sabía. Era una estupidez desear que se hubiera quedado toda la noche. No era más que un anhelo peligroso y sin sentido, así que se obligó a concentrarse en lo práctico, que era lo que mejor se le daba.

Descalza, se dirigió hacia el cuarto de baño y se puso un albornoz mullido que estaba detrás de la puerta. No estaba dispuesta a torturarse a sí misma, echándose la culpa de todo. Aunque no volviera a pasar, siempre le estaría agradecida a Luis Martínez por cómo la había hecho sentir. La había liberado del pasado. La había hecho darse cuenta de que era capaz de experimentar la misma clase de placer que cualquier otra persona.

¿Qué le había dicho antes de que pasara todo? ¿Cuál era la frase

que se le había quedado grabada en la cabeza?

«Me gusta tu forma clara de pensar».

Sabía por qué le había dicho eso. Se lo había dicho porque ella le había dejado claro que no estaba interesada en el amor y en el matrimonio. Le había convencido de que era perfectamente capaz de tomarse esa experiencia sexual con total objetividad.

Pero, si era así, ¿por qué tenía ganas de bailar y dar vueltas por la habitación? ¿Por qué sonaba esa música en su cabeza?

El sol ya casi estaba en lo más alto y el mar había tomado una tonalidad rosada. En la terraza, el aire era puro y no había ni una sola nube. La casa estaba en silencio, pero Carly sentía cómo vibraba su propio cuerpo. No tenía ganas de estudiar en ese momento, así que decidió mirar el correo electrónico. Más tarde vería qué le deparaba el día. Y si Luis había decidido que una noche era más que suficiente, tendría que aceptarlo como un adulto.

Entró en su cuenta de correo y encontró tres correos de su hermana. En el asunto del primero se podía leer la pregunta: *¿Dónde estás?* El segundo no era más que una larga lista de signos de interrogación y en el tercero su hermana le preguntaba con dramatismo qué estaba pasando.

Carly abrió el primero de los tres. Por primera vez en mucho tiempo el texto no estaba lleno de caritas sonrientes y de descripciones detalladas de sus últimos trabajos como modelo. Por una vez, todo el correo versaba sobre ella, y no sobre su hermana.

Vi una foto de tu jefe en el aeropuerto de Niza y había alguien que se parecía a ti detrás. Le dije a mamá que nadie que no fueras tú se pondría una camiseta como esa en la Costa Azul. ¿Estás en el sur de Francia con Luis Martínez? Y, si es así, ¿qué demonios pasa?

Carly sonrió. Se preguntaba cómo hubiera reaccionado Bella si le hubiera dicho la verdad.

Sí. Estoy aquí con Luis. De hecho, le conté toda mi vida y ha decidido enseñarme todo lo que necesito saber sobre el sexo, lo cual no es poca cosa, como ya te puedes imaginar.

Sonriendo, Carly presionó el botón de respuesta.

Sí. Es cierto. He estado ayudando a Luis con su rehabilitación después del accidente que tuvo, y él pensó que sería mejor recuperarse en un sitio donde hiciera sol. Este es un sitio maravilloso. Soy una chica con suerte, ¿no crees? Un beso, Carly.

Apretó el botón de enviar justo en el momento en que alguien llamaba a la puerta. Carly no tuvo tiempo de levantarse. La puerta se abrió de repente y Luis entró en la habitación. Se había afeitado y sus ojos negros estaban llenos de vitalidad, pero en ellos había también una chispa de otra cosa, algo que Carly había aprendido a identificar con el deseo.

–Hola –le dijo, cerrando la puerta suavemente.

–Pensaba que habías decidido que era mejor que nadie te viera por aquí.

–A lo mejor es que he cambiado de idea.

–Ni siquiera me he lavado los dientes.

–Entonces ve y lávatelos ahora. Me gusta el sabor de tu pasta de dientes.

Carly se escabulló rumbo al aseo y cuando regresó descubrió que Luis se había quitado toda la ropa. Se había tumbado en la cama, completamente desnudo, entre las sábanas arrugadas.

–¿Qué haces?

–¿No te parece obvio?

–Pero… ¿qué pasa con el personal?

–¿Qué pasa con ellos? El único miembro de mi personal que me interesa es el que tengo delante ahora mismo. Y lleva demasiada ropa –tocó el espacio vacío a su lado–. Ven aquí, querida, antes de que me ponga impaciente.

Carly tragó en seco y trató de calmar el miedo repentino que la atenazaba por dentro. Seguramente era mejor idea negarse. Los jardineros estaban a punto de llegar y el cocinero debía de haber mandado a su ayudante a Niza a por verduras y pescado fresco. Lo mejor era decirle que no era muy sensato repetir la experiencia en ese momento, que podían preparar algo más discreto por la noche.

Eso era lo mejor.

Sus piernas parecían tener otros planes, sin embargo, y no tardaron en echar a andar hacia la cama. Apartó las sábanas, pero Luis sacudió la cabeza.

–No. Todavía no. Quítate el albornoz –le dijo–. Y no me digas que te da vergüenza. Ahora no. Conozco tu cuerpo mejor que cualquier otro hombre del planeta.

–Me alegra ver que no hay nada en este mundo que te pueda desinflar el ego –le dijo Carly, desatándose el albornoz y tirándolo al suelo. Rápidamente se metió entre las sábanas, chocando con él.

–No es solo mi ego –le dijo, guiando su mano hasta colocarla sobre su entrepierna. Se inclinó sobre ella y le dio un beso–. Mmm. Pasta de dientes.

La besó hasta hacerla relajarse, hasta que su cuerpo comenzó a reclamar algo más con avidez. Carly cerró los ojos y dejó que le tocara

los pechos. Deslizaba las palmas de las manos rítmicamente sobre sus pezones duros y la hacía retorcerse de placer. Se colocó sobre ella, entre sus piernas, y la penetró con un movimiento rápido y firme. Echó atrás la cabeza y comenzó a moverse. Carly deslizaba las yemas de los dedos sobre su piel, explorando todas las texturas, sus muslos cubiertos de un fino vello, sus espaldas anchas…

Quería saborear esa sensación de intimidad con él, pero el orgasmo la alcanzó con la fuerza de un tren arrollador. Le oyó gritar inmediatamente después. Era ese extraño gemido que dejaba escapar mientras temblaba dentro de ella.

Le rodeó con ambos brazos y se acurrucó junto a él, apoyando la cabeza sobre su hombro.

Y entonces se quedó dormida.

Cuando despertó, él ya se había marchado, tal y como había hecho la noche anterior. Durante el desayuno Simone le dijo que había ido a Niza para ocuparse de unos negocios. La empleada no sabía a qué hora iba a regresar.

La mañana pasó a toda velocidad y Carly no fue capaz de concentrarse en nada. Él no volvió hasta última hora de la tarde. Cuando se presentó en su habitación, Carly ya estaba convencida de que se arrepentía profundamente de lo que había ocurrido entre ellos.

–¿Dónde has estado? –le preguntó, sin poder evitarlo.

Él arqueó las cejas.

–Lo siento. No es asunto mío.

Él dejó escapar una risotada al tiempo que la estrechaba entre sus brazos.

–Necesitaba algo de espacio, y tenía que ocuparme de unos asuntos sin distracciones. Pero ahora me apetece tener algo de distracción.

La empujó hasta hacerla tumbarse en la cama y le quitó toda la ropa con movimientos minuciosos. Al ver esos ojos brillantes y hambrientos con los que la miraba, Carly comprendió que el sexo también podía ser rápido y furioso.

Después, mientras yacía junto a Luis, trazando círculos perezosos sobre su piel, se dio cuenta de que él sabía mucho más sobre ella de lo que ella sabía sobre él. Y en ese estado de absoluta felicidad en el que se encontraba sintió que podía preguntarle cualquier cosa.

–¿Luis?

–¿Mmm?

Ella se volvió y se apoyó en el codo, dejando que el cabello le cayera sobre los hombros y le cubriera el pecho.

–¿Nunca has querido tener niños?

Luis apretó los labios y apartó el mechón de pelo que le tapaba el pezón.

–Otro consejo… De entre todos los temas de conversación que

existen para después del sexo, la paternidad no es el más idóneo. Te advierto que cualquier referencia a un bebé hará que todos tus amantes potenciales salgan huyendo despavoridos. Pueden pensar que estás empezando a enamorarte de ellos.

–¿Crees que si te pregunto si quieres tener niños automáticamente significa que me estoy enamorando de ti?

–Conozco muy bien las señales.

–Bueno, en mi caso las estás malinterpretando. Solo me interesa saberlo por pura curiosidad. La mayoría de los hombres quiere divertirse sin más. Lo llevan en el ADN. La perpetuación de la especie humana, esa clase de cosas… Tú has construido todo un imperio. Tienes muchos millones, así que imagino que querrás que alguien que lleve tu sangre herede todo eso, ¿no?

Luis se tumbó boca arriba y miró al techo. Normalmente zanjaba ese tema con rapidez y contundencia. No le gustaba que las mujeres se pusieran a indagar y a ahondar en asuntos como ese, y le molestaba que buscaran sentimientos donde no los había. ¿Por qué lo estaba estropeando todo haciéndole esa clase de preguntas?

–Creo que la humanidad no tendrá problemas para sobrevivir sin una versión en miniatura de Luis Martínez –le dijo con sequedad.

–¿Alguna razón en particular?

–Ya veo que vas a ser un médico muy bueno –se volvió y la miró a los ojos–. Como insistes tanto con tus preguntas…

–No te andes con rodeos.

–Ya –dijo Luis. Los ojos le brillaban–. ¿Qué quieres saber?

–Oh, no lo sé. Quiero saber algo de tu vida, dónde creciste, por qué estás tan empeñado en que no quieres tener hijos…

Luis entrelazó las manos y las puso detrás de la cabeza. Una larga lista de recuerdos desfiló por su mente.

–Crecí en un rancho grande a las afueras de Buenos Aires. Criábamos ganado en unos campos interminables, con el cielo más azul e intenso que puedas imaginar.

Carly se acercó un poco.

–¿Criábamos? –repitió.

–Mi madre, mi padre y yo. Éramos una familia poco usual porque no había un montón de niños correteando, pero creo que eso nos hizo estar muy unidos, y mis padres… –se encogió de hombros–. Bueno, ellos me querían mucho. La granja iba muy bien. Mi padre tenía negocios en la ciudad y también le iba muy bien.

–¿Entonces todo era perfecto?

–Durante un tiempo, sí.

La miró de nuevo y cuando habló de nuevo su voz se había endurecido.

–Mi madre tenía una amiga llamada Amelita. Ella y su marido

tenían un hijo de mi edad. Vicente era como un hermano para mí, y las dos familias solían hacerlo todo juntas. En el invierno esquiábamos y en el verano íbamos a la playa. Cenábamos juntos en Navidad, alrededor de la misma mesa. Éramos como una gran familia.

Luis hizo una pausa. No sabía por qué le estaba contando todo eso. ¿Era porque ella había compartido sus secretos con él, o porque sospechaba que iba a seguir insistiendo si no le decía nada?

–Sigue –le dijo ella.

Él le acarició el cabello.

–A mí me empezaron a gustar las carreras desde muy pronto y mi padre me construyó un pequeño circuito de *karts* en la finca para que practicara. Por aquella época era toda una novedad. Vicente y yo pasábamos horas corriendo por ese circuito polvoriento. Y entonces, cuando cumplí dieciséis años, me fui a la provincia de San Luis para poder usar el famoso circuito de Potrero de los Funes. No solía ir a casa muy a menudo, pero cuando regresé todo parecía distinto. Me dio la sensación de que mi padre y Amelita parecían ser… uña y carne de repente, pero se trataba de algo más. Recuerdo muy bien la forma en que le miraba, cómo le atendía. Durante un tiempo hice todo lo posible para convencerme de que estaba equivocado, porque quería equivocarme. Y ella era la mejor amiga de mi madre –Luis tragó con dificultad.

Había intentado hablar con su padre, pero sus palabras habían sido recibidas con un exabrupto de furia repentina. Su padre incluso había llegado a amenazarle con darle un puñetazo. Al final había abandonado el tema para no complicar más las cosas, pero en el fondo sabía que todas sus palabras no eran más que mentiras.

–Y entonces una tarde me levanté pronto de la siesta. Todo estaba en calma y hacía tanto calor que apenas podía respirar. Salí al exterior, buscando la sombra de los árboles, pero tampoco se estaba mejor allí. No había ningún sitio donde refugiarse. De repente oí algo, algo que parecía fuera de lugar en mi casa. Caminé hacia la casa de verano y allí los encontré. Mi padre y Amelita…

Carly se tapó la boca al hablar.

–¿Y estaban…?

–No del todo. Amelita estaba haciéndole una especie de striptease, y mientras tanto mi padre… –la voz de Luis temblaba de rabia–. Y todo esto estaba ocurriendo mientras mi madre dormía en la casa de al lado. No fue solo la traición, sino también la falta de respeto lo que me hizo querer matarle.

Luis se detuvo y Carly no dijo nada. Puso la mano sobre su mejilla y trató de consolarle, pero él la hizo apartarla.

–Todo salió a la luz. Claro. Estas cosas siempre salen a la luz. Sospecho que Amelita se aseguró de que así fuera, ya que mi padre era

uno de los hombres más ricos de Argentina. Y como era de esperar, aquello destrozó muchas vidas. Mi madre nunca llegó a recuperarse de ello. Esa doble traición le hizo una herida incurable. No solo fue traicionada por su esposo, sino también por su mejor amiga. Se marchó del rancho y se compró una casa en la ciudad, pero dejó de comer. Supongo que todo dejó de importarle. Solía quedarse sola en casa, encerrada. Apenas salía porque tenía miedo de que la gente se le quedara mirando y se riera de ella. Daba igual lo que le dijéramos. Ella no quería escuchar, y murió tres años después.

–Oh, Luis. Lo siento.

Él sacudió la cabeza y trató de contener la marea de emociones negras que había contenido durante tanto tiempo. Pero, por una vez, la marea siguió golpeándole, y tal vez era mejor así esa vez. Nunca se lo había dicho a nadie, y si se lo estaba contando a alguien a quien le era indiferente, entonces tal vez era el momento de aflojar esas negras cadenas con las que se había atado a sí mismo durante tanto tiempo.

–¿Quieres oír el resto de la historia? –le preguntó con acritud–. No es un cuento para irse a dormir precisamente.

–Quiero oírlo.

–El marido de la amante de mi padre también se sintió humillado. Se había convertido en el hazmerreír de todo el mundo, pero buscó otro remedio distinto al aislamiento autoimpuesto de mi madre. Tomó el único camino que creyó honorable en una situación como esa. Se puso un revólver en la cabeza y se voló la tapa de los sesos. Fue Vicente quien le encontró.

Carly respiró profundamente.

–Oh, Luis.

Él levantó la vista hacia el techo.

–Bueno, ahí lo tienes. ¿Ahora entiendes por qué no creo en los finales felices y en la vida familiar?

Hubo una pausa. Casi podía oír sus pensamientos mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas. Pero no había palabras adecuadas. Luis lo sabía muy bien.

–En realidad, no –dijo Carly tentativamente–. Quiero decir que lo que pasó fue algo terrible, pero en realidad nada de eso tenía que ver contigo, ¿no? Nada fue culpa tuya. Que tu familia haya hecho esas cosas no quiere decir que tú vayas a hacerlas también. La infidelidad y la traición no son hereditarias, ¿sabes?

Él se volvió hacia ella y la miró de nuevo. Podía ver empatía en su mirada y le agradecía su amabilidad. Carly era una chica lista, lo bastante lista como para saber que había más.

–Pero he vivido la vida en los circuitos, y he visto lo que eso les hace a los hombres, sobre todo a los campeones.

–¿Qué quieres decir?

Él se encogió de hombros.

–Hay características que hacen que los hombres como yo tengan éxito. Somos gente muy decidida, gente que solo piensa en ganar. Pasamos años persiguiendo la vuelta perfecta, y cuando la conseguimos, queremos repetirla una y otra vez. No hay muchos en lo más alto, pero cuando llegas ahí te das cuenta de que es un sitio que seduce, pero también es un sitio peligroso. La gente te venera. Quieren una parte tuya, sobre todo las mujeres.

–Mujeres que son «iguales que los neumáticos que te cambian durante las carreras» –le dijo, citando sus propias palabras.

–Exactamente –el rostro de Luis se endureció–. He visto cómo las parejas más sólidas sucumbían ante todas las tentaciones que ofrece este deporte. Cuando fluye la adrenalina y una criatura sexy con una falda diminuta pone los pechos contra el parabrisas, la mayoría de los hombres no puede decir que no.

–Entonces… –dijo Carly, incorporándose y cruzando los brazos–. Lo que me estás diciendo es que los campeones del mundo reciben tantas frutas prohibidas que para ellos es imposible subsistir con la dieta normal que tiene el resto de los mortales. ¿Es eso?

Luis se encogió de hombros.

–Si quieres decirlo así.

–Pero tú ya no corres para ganarte la vida, Luis. ¿Cómo es que aún sigue aplicándose esa norma?

–Mi padre no era corredor. Era un granjero que llevaba veintiún años casado. Era alguien que solía decir que mi madre era su alma gemela.

–¿Entonces me estás diciendo que crees que los hombres son incapaces de ser fieles?

–Es una forma de verlo. Sí. Creo que es así.

–¿Entonces los hombres son el sexo débil?

–O tal vez el más realista. ¿Cómo pueden hacerse promesas de fidelidad dos personas, cuando no tienen garantía alguna de que podrán mantenerlas?

Carly no contestó. Aunque no tuviera derecho a sentirse herida, sus palabras le habían golpeado el corazón. Él nunca le había prometido nada más allá de una noche de sexo. De hecho, le había lanzado una advertencia explícita.

Carly echó a un lado las sábanas y se levantó de la cama.

–Tengo que ir al servicio –dijo.

Cruzó el dormitorio y entró en el aseo, cerrando la puerta tras de sí. Se echó un poco de agua fría en la cara y practicó unas cuantas sonrisas convincentes ante el espejo. Cuando volvió a entrar en el dormitorio, casi había recuperado la calma, pero el sosiego no iba a durarle mucho. En cuanto le vio allí tumbado, apoyado contra las

almohadas, con su rostro serio y sombrío, la incertidumbre se cernió sobre ella de nuevo.

–¿Quieres que salgamos a comer mañana?

–¿Comer? –le preguntó ella, parpadeando–. ¿Te refieres a salir fuera a comer?

Él esbozó un atisbo de sonrisa.

–No, aquí no. Tenemos toda una costa preciosa a nuestra disposición, querida, con muchos restaurantes famosos. Hay playas y montañas y pequeños pueblos en los que uno se siente como en otro siglo. Y como esta es tu primera visita a Francia, creo que es hora de que te muestre alguno de ellos.

–Pero… yo pensaba que creías que era mejor que no nos vieran juntos.

–Y a lo mejor he cambiado de idea. Yo no vivo mi vida intentando satisfacer a otra gente, y tú tampoco deberías hacerlo.

Capítulo 9

La llevó a Luan-les-Pins, a un restaurante situado a orillas de la playa. Era un sitio donde le reconocían de inmediato, pero Carly aún seguía demasiado ocupada pensando en todo lo que le había contado como para fijarse en todas las personas que se volteaban al verles pasar, rumbo a una mesa situada delante del mar, de cara a las olas. Carly pensó en su historia triste y en las conclusiones que había sacado, conclusiones que se habían visto reforzadas por su experiencia adulta como corredor de carreras.

Pensaba que los hombres no eran capaces de ser fieles. Era una afirmación dura, demasiado cruda para hacerla delante de alguien a quien acababa de seducir. El mensaje había sido claro, no obstante, incluso para alguien tan ingenuo como ella.

Pidieron ensaladas de marisco y zumo de lima y coco. Luis devoró la comida como si no hubiera comido nada en días. Cuando terminó se dio cuenta de que ella apenas había probado bocado, no obstante. Dejó el tenedor sobre la mesa y la miró a los ojos.

–¿No te gusta la langosta?

Carly pinchó la carne rosada con el tenedor y forzó una sonrisa.

–La langosta está deliciosa.

–¿Es por eso que no te la comes? ¿O es porque estás molesta por lo que te dije ayer?

–No estoy molesta. Te agradezco que fueras tan sincero conmigo. Es que me siento un poco…

Él dejó el vaso sobre la mesa.

–¿Un poco qué?

Ella se encogió de hombros.

–Nada.

–Dímelo.

–Oh, no lo sé. Abrumada, supongo –miró a su alrededor. En todas las mesas parecía haber una chica sacada de las pasarelas–. Todas las chicas por aquí son impresionantes. Es como si hubieran pasado toda la mañana preparándose para comer en un restaurante chic, mientras que yo…

–¿Mientras que tú pareces una chica que ha pasado la mañana en la cama con un hombre que no puede quitarte las manos de encima? ¿Un hombre que se excita con solo mirarte?

–Luis… –Carly sintió que el aire se le atascaba en la garganta. Cuando él la miraba así, solo quería inclinarse sobre la mesa y besarle.

–¿No crees que muchas de ellas querrían estar en tus zapatos? –Luis bajó la vista y sus labios se curvaron ligeramente–. O en tus chanclas, en este caso.

–No fueron compradas para ser usadas en un restaurante superchic de la Costa Azul.

Él levantó la mirada.

–Pero tú no te vistes para que te vean, ¿no es así, Carly? No te vistes para que te miren. Te vistes para ser invisible y para pasar desapercibida. Pensaba que ese era tu propósito.

La suave brisa del mar batía la sombrilla blanca sobre sus cabezas.

–Y te dije por qué.

–Pero ya no hay motivo para ello, ¿no? Si yo te he liberado de todas esas obsesiones que tenías con el sexo, ¿no crees que ya es hora de experimentar un poco con la ropa?

–Crees que tengo un aspecto horrible.

–Creo que esos colores pálidos que escoges no te favorecen mucho. Tu tez es muy clara y necesitas algo más dramático para sacarle partido. Si no te gusta tu apariencia, cámbiala, pero no sigas sin hacer nada, y quejándote todo el tiempo, porque me aburre –se echó hacia atrás en la silla y le dedicó una de sus miradas más frías–. Y no tienes por qué mirarme con esa cara de reproche. Fuiste tú quien preguntó.

–Y tú no te andas con chiquitas al contestar.

–¿Qué sentido tendría eso? Ya volvemos a la vieja historia de la sinceridad –Luis se encogió de hombros–. A lo mejor ya es hora de que dejes de esconder algunas de tus armas más espectaculares y de que pruebes algo nuevo. Toma el bolso –hizo una señal con la mano para pedirle la cuenta al camarero–. Te voy a llevar de compras.

–No me gusta ir de compras.

–Pero vas a ir. Es como el aguacate. Al principio no te gusta, pero poco a poco empiezas a tomarle el gusto. Vamos, querida. Todavía no me encuentro en condiciones para cargarte sobre el hombro y llevarte a cuestas.

Carly reprimió una sonrisa. Cuando la miraba de esa manera no podía resistirse. Había empezado a sentirse como otra persona. Era como si se hubiera convertido en una de esas mujeres que aparecían en las comedias románticas, una de esas cuyas vidas cambiaban de la noche a la mañana gracias a un guapísimo millonario con mucho carácter.

El descapotable de Luis Martínez recorrió el Boulevard de la Croisette a toda velocidad y se detuvo frente a una boutique exclusiva de esas que abundaban en Cannes. Un hombre fornido vestido de uniforme tomó las llaves de Luis y fue a aparcarle el coche.

Carly miró a través de las ventanas y su humor cambió de inmediato. Las glamurosas dependientas resultaban intimidantes.

–No puedo –susurró–. No puedo entrar ahí.

–Pensaba que ya habíamos dejado atrás eso de lamentarse todo el tiempo. Puedes hacer lo que quieras, y puedes empezar ahora mismo –la agarró de la mano–. Vamos.

Carly no daba crédito. La estaba agarrando de la mano, en público. Entró en la tienda como si fuera el dueño de todo y le dijo a una de las dependientas que quería verla con colores vivos.

–Rojo escarlata. Y creo que a lo mejor también podemos probar con el amarillo.

Se dirigió a la empleada con un francés perfecto, usando las manos para dibujar curvas voluptuosas en el aire. La empleada los llevó a un área privada situada en la parte de atrás de la tienda.

Carly sintió que la garganta se le cerraba de tanta tensión y nervios. Se sentía grande y grotesca, como un gigante en una tierra de gente diminuta. Quería decirle a Luis que había cambiado de opinión, pero entonces recordó que había sido ella misma quien había insistido en el tema. Le miró con disimulo desde detrás de la cortina del probador. Parecía tan relajado con su tacita de café. Era evidente que no era la primera vez que adoptaba ese rol. A lo mejor solo era un ritual por el que tenían que pasar todas las mujeres que desfilaban por su cama, pero las supermodelos con las que solía codearse sin duda le hubieran hecho más justicia a las delicadas prendas de lencería que acababan de llevarle al probador.

Sorprendentemente, no obstante, el sostén lo sujetaba todo en su sitio y el picardías transformaba sus caderas redondeadas, realzándolas y dándoles un toque seductor.

Después se probó un vestido de lunares de color amarillo y blanco, con una falda amplia y un cinturón de polipiel. Al mirarse en el espejo, Carly apenas fue capaz de reconocer su propio reflejo. Incluso la dependienta le dio su aprobación.

–*Mais, elle est jolie* –dijo en un tono de sorpresa.

Luis sonrió lentamente al verla detenerse frente a él.

–Muy guapa –le dijo, agarrando un sombrero de paja con una cinta amarilla. Se lo puso con cuidado sobre la cabeza–. Bueno, ¿vas a empezar a creer en ti?

Carly sentía el exquisito roce de la seda sobre la piel. Se sentía gloriosa con aquel vestido de estilo años cincuenta. Asintió con la cabeza tímidamente.

Luis sonrió y se fijó en un maniquí que tenía un cubo y una pala en las manos.

–Creo que vamos a echarle un vistazo a algunos biquinis.

Muy pronto terminaron cargados de bolsas atadas con lazos de color

rosa brillante. Luis logró persuadirla para que no se quitara el vestido amarillo.

–Me has comprado demasiadas cosas –le susurró ella con el corazón latiendo a toda velocidad.

Luis le sujetaba las mejillas con ambas manos, haciendo que el sombrero se le tambaleara sobre la cabeza.

–Eso es cosa mía. Tú solo tienes que decir que sí. Y ahora te voy a llevar a casa y te voy a enseñar algo que es vital para el repertorio de cualquier amante –le dijo, rozándole los labios ligeramente.

Carly volvió a sentir esa peligrosa descarga de alegría a medida que el coche ascendía por la carretera de la montaña. Se decía una y otra vez que nada tenía fundamento real, por muy agradable que resultara, pero su corazón se negaba a escuchar lo que la cabeza le decía. Le había dicho que no buscaba aquello que buscaban la mayoría de las mujeres, que su deseo de amor había pasado a un segundo plano cuando se había propuesto llegar a ser médico. Sin embargo, poco a poco se estaba dando cuenta de que enamorarse de Luis era tan fácil como caerse de una silla.

Él la llevó directamente a su dormitorio cuando llegaron a la casa. Era la primera vez que estaba en la habitación de Luis, pero apenas tuvo tiempo de pensar en ello porque él cerró la puerta sin perder tiempo y fue hacia ella. Le quitó el vestido y lo colocó con cuidado sobre el respaldo de una silla. Debajo llevaba la lencería nueva que él había escogido para ella.

–Perfecta –le dijo, mirándola de arriba abajo.

–No soy perfecta –le dijo ella–. Gra… gracias.

–Mejor así –dijo Luis, asintiendo con la cabeza al tiempo que le tocaba los pechos–. Porque ahora mismo eres absolutamente perfecta para mí.

La empujó hasta hacerla tumbarse sobre la sedosa alfombra y le quitó el picardías para colocarse entre sus piernas. Carly se puso tensa al sentir el calor de su lengua en el rincón más íntimo de su cuerpo. Comenzó a tocarle el pelo, tirando de él suavemente hasta hacerle levantar la cabeza.

–¿Luis?

–Solo tienes que relajarte. No voy a hacerte daño.

Carly cerró los ojos, pero su mente se vació cuando él comenzó a lamerla de nuevo. Se aferró a él y se dejó llevar por las palabras que le susurraba en español. No mucho tiempo después gimió de placer al experimentar un poderoso orgasmo que la dejaría temblorosa y aturdida. ¿Cómo iba a vivir el resto de su vida sin volver a saborear esa clase de placer? ¿Cómo iba a vivir sin él?

Luis le dio un beso en los labios en ese momento. Podía sentir el sabor del sexo en su boca.

–Bájame la cremallera –le dijo él.
Ella tragó con dificultad.
–¿Me vas a corromper más aún?
–Lo voy a intentar.
La enseñó a darle placer con la boca. Le mostró cómo darse placer a sí misma, mientras él la observaba. La llevó a Mónaco, a Antibes y a Saint-Paul-de-Vence, donde almorzaron en un famoso restaurante, lleno de cuadros de Picasso y de Miró. Comieron *plateau de fruits de mer* y bebieron champán en un diminuto lugar llamado Plan-du-Va, escondido entre las montañas.
Ya de vuelta en la mansión, la desnudaba por completo con manos hambrientas y le hacía el amor con frenesí, con desesperación. Y cuando ella volvía a gemir de placer, le acariciaba la piel y murmuraba cosas hermosas; le decía que su cuerpo era todo lo que un cuerpo de mujer debía ser. Al final de esa semana, Carly estaba en una nube. Sus sentidos estaban tan henchidos de gozo que apenas era capaz de comer o de dormir.
Y solo pensaba en Luis Martínez.
Era como si hubiera entrado en sus venas, igual que una droga poderosa. De repente comenzó a entender algo sobre la naturaleza de las adicciones. Era fácil engancharse a un sentimiento; un sentimiento que no era más que amor.
«Pero nada de esto es real», se decía Carly una y otra vez. No era más que un cuento de hadas efímero que tarde o temprano llegaría a su fin. Las emociones que estaba sintiendo no eran reales y la situación tampoco lo era. Se había dejado seducir por su habilidad como amante y le había resultado demasiado fácil olvidar que también era su empleada, pero lo era. Nada había cambiado en realidad y no podía hacer más que preguntarse qué pasaría cuando se marcharan de Cannes.
–Has estado muy callada –le dijo él una tarde mientras tomaban el sol junto a la piscina.
Carly intentaba leer un libro, pero le era imposible.
–Es que tengo un poco de sueño.
–No te andes con evasivas. Pensaba que íbamos a ser sinceros el uno con el otro.
Carly dejó el libro sobre su vientre y le miró a los ojos. La angustia que crecía en su interior la hizo darse cuenta de que no podía seguir así. No podía seguir escondiéndose y fingiendo que el futuro no estaba a la vuelta de la esquina. No podía seguir fingiendo que no sentía nada por él, porque no era cierto.
–He estado pensando.
–¿Sobre qué?
–Bueno, sobre un par de cosas. He estado pensando en qué va a

pasar cuando volvamos a Inglaterra.

Luis inclinó el sombrero que llevaba hacia delante para que le diera algo de sombra en los ojos. Pensó en su pregunta y en cómo iba a contestarle. Lo que acababa de decirle no era más que la misma inquietud que él había tenido durante días. Además, sabía que no podía seguir posponiendo los compromisos que tenía en otros sitios. Tenía una consulta con el médico en Londres, un sinfín de eventos y reuniones en Dublín y en Buenos Aires, y por si todo eso fuera poco, tenía una visita pendiente a Uruguay.

Pero lo más importante no era su apretada agenda, sino saber cómo iba a enfrentarse a la situación que él mismo había creado.

Suspiró. Carly le gustaba. Le gustaba mucho, pero cuanto más prolongara la relación, más daño le haría, porque eso era lo que él les hacía a las mujeres.

–No creo que eso vaya a ser un problema.

–A lo mejor no. Pero aun así tenemos que hacerle frente a los hechos, ¿no es así, Luis? No tiene sentido fingir que no ha pasado nada, ¿no?

Luis frunció el ceño. ¿Qué creía ella que había pasado? Habían tenido sexo. Ella lo necesitaba y él se lo había dado. La había liberado. Ese había sido el trato.

La miró. Se fijó en ese nuevo biquini naranja que llevaba y que se pegaba como un guante a sus exuberantes curvas. Se había dejado el pelo suelto, tal y como a él le gustaba, y su piel había tomado un ligero bronceado. Le había hecho un favor, y le haría uno aún más grande dejándola ir.

–Creo que eso no va a ser un problema –le dijo con frialdad–. De hecho, tengo previsto marcharme en cuanto lleguemos a Inglaterra. Tengo unos cuantos proyectos que me mantendrán muy ocupado durante todo el invierno. Apenas nos veremos, seguramente hasta la primavera.

–Oh. Oh, claro.

No era capaz de esconder la sorpresa y la decepción. Luis podía ver que estaba haciendo un gran esfuerzo para sonreír, pero conocía a las mujeres lo bastante bien como para saber que detrás de esas gafas oscuras se escondían unos ojos al borde de las lágrimas. Él hacía llorar a las mujeres. Esa era una de las cosas que mejor se le daban. Las hacía anhelar algo que no podía darles.

–Y muy pronto tú irás a la facultad de Medicina, ¿no? Vas a ser médico, el mejor médico del mundo.

Carly estuvo a punto de decirle que aún tendría que pasar todo un año antes de que pudiera permitirse las tasas de matrícula, pero entonces se dio cuenta de todas las implicaciones que se escondían en sus palabras. Todas las consideraciones prácticas se esfumaron de su

mente en ese instante. Se dio cuenta de lo que estaba pasando y de repente sintió náuseas. Luis estaba terminando con todo, con el mismo cinismo con que en otras ocasiones le había quitado la ropa para hacerle el amor. Estaba pasando el filo del escalpelo con esa precisión quirúrgica y esa frialdad que le caracterizaban. Tenía intención de marcharse. Viajaría por todo el mundo y al regresar se comportarían como si nada hubiera pasado.

Porque nada había pasado en realidad.

Habían tenido sexo. Eso era todo. Jamás pasaría de ahí. Era una locura pensar que alguien podía llegar a enamorarse a raíz de haber hecho el amor. Era una locura, pero ella había incurrido en ese error.

Carly cerró el libro que estaba leyendo lentamente.

–Eso es –dijo, rezando para que su rostro no la delatara–. Eso seré. El mejor médico del mundo.

Él la miró.

–¿Y qué era lo segundo?

–¿Lo segundo?

–Dijiste que querías hablar conmigo de un par de cosas.

Carly parpadeó y entonces lo recordó. Tan solo unos minutos antes, cuando aún albergaba algo de esperanza en su corazón, había estado a punto de decirle algo que creía necesitaba oír, pero afortunadamente la conversación había transcurrido por otros derroteros. Gracias a eso no había llegado a cometer una gran estupidez.

De repente oyó el ruido de un motor de un coche que se acercaba. Se oyó un portazo y un repiqueteo constante de tacones que cada vez sonaban más cercanos. Pero la intrusión no fue más que momentánea. El frío y el dolor eclipsaban todo lo demás. No había vuelta atrás, ni tampoco podían ir hacia delante. Lo que había ocurrido entre Luis y ella había llegado a su fin. Todo había acabado.

Le miró a los ojos.

–Ya no tiene importancia –le dijo.

Simone acababa de abrir la puerta principal y se dirigía hacia ellos, seguida de alguien con una larga cabellera rubia y una diminuta falda vaquera, alguien que le resultaba vagamente familiar, pero que no debería haber estado allí.

Carly parpadeó. Era muy extraño. Era como ver un autobús de dos plantas en medio del desierto. Reconocía ambas cosas, pero una de ellas estaba en el lugar equivocado.

El rostro de Simone no albergaba expresión alguna.

–Su hermana ha llegado.

–¿Mi hermana? –dijo Carly, confundida.

La rubia de la minifalda apareció en ese momento.

Capítulo 10

Carly se incorporó de golpe.

–¿Bella? –exclamó–. ¿Qué… qué demonios estás haciendo aquí? –preguntó.

En el fondo ya sabía la respuesta, no obstante. La respuesta a su pregunta yacía en una tumbona en ese momento. Bella le dedicó una de sus sonrisas de oro a Luis Martínez.

–Bueno –Bella se apartó el cabello de su bronceado rostro–. Me dijiste que estabas aquí en Cap Ferrat y resulta que yo también estaba por aquí…

–¿Qué estás haciendo aquí?

Bella le lanzó una de esas miradas herméticas que contenían una clara advertencia. Carly forzó una sonrisa.

–Luis, te presento a mi hermana. Bella, este es Luis Martínez, que es…

–Excampeón del mundo de Fórmula 1. Sí, lo sé.

–Oh, eso fue hace mucho tiempo –dijo Luis–. Encantado de conocerte, Bella.

Bella le observaba con una admiración que no se molestaba en esconder. Luis se incorporó y se quitó el sombrero de la cara.

–Espero no interrumpir.

–En absoluto –dijo Luis–. Como puedes ver, tu hermana y yo estábamos disfrutando de lo que queda del sol de la tarde. ¿Te apetece un café? ¿Algo de beber?

–Oh, sí. Muchas gracias. Llevo todo el día en una sesión de fotos horrible y estoy agotada. El fotógrafo no me ha quitado la lente del trasero en todo el día –se lamió los labios–. No tendrás champán.

–Creo que podremos conseguirlo –Luis miró a su ama de llaves francesa–. Simone, ¿te importaría…?

–*Oui, monsieur* –dijo Simone rápidamente–. *D'accord.*

–Espera. Te traeré una silla –dijo Luis. Se puso en pie y se dirigió hacia el extremo más alejado de la terraza. Todas las sillas estaban allí.

En cuanto se alejó un poco, Bella se volvió hacia su hermana con la boca abierta.

–¿Pero qué has estado haciendo? ¡Casi no te reconocí! Dios mío. ¡Ese biquini!

–¿No te gusta?
–No sé. No sé si realmente es de tu estilo. Parece muy caro. ¿Qué demonios está pasando? ¿Cómo es que estás aquí con este tipo tan guapo como Pedro por su casa?
–He estado… He estado ayudando a Luis con su rehabilitación.
–¿Así lo llamas? A mí me pareció que estabais muy acaramelados cuando llegué. No estarás…
Había una expresión en su rostro que Carly no había visto nunca. Era una mezcla de asombro, incredulidad y algo más… algo que parecían celos.
Bella se echó un mechón de pelo por encima del hombro.
–No estarás… teniendo algo con Luis Martínez, ¿no?
Carly la miró a los ojos.
–Oh, vamos, Bella, ¿de verdad crees que alguien como Luis se va a fijar en alguien como yo?
–No, si lo dices así…
Carly sintió un gran alivio cuando Luis regresó con la silla. Bella se quitó las sandalias de inmediato y se bebió la copa de champán que Simone acababa de darle.
Había olvidado lo glamurosa que era su hermana. ¿Cómo era posible que la misma genética hubiera dado lugar a personas tan distintas?
No tuvo más remedio que aceptar una copa de champán que le ofrecía el ama de llaves, aunque solo fueran las cinco de la tarde. Las burbujas se le fueron directamente a la cabeza cuando bebió un sorbo.
–Carly me ha dicho que eres modelo, Bella.
–Sí. Eso es, aunque aún me falta camino por recorrer. Aún me falta –Bella le dedicó una sonrisa desde detrás de esa cortina de pelo rubio platino–. Supongo que tú conoces a mucha gente del gremio.
–A algunos.
–A lo mejor podrías presentarme a alguien un día.
–A lo mejor.
Carly escuchaba la conversación con horror y fascinación al mismo tiempo. Bella estaba desplegando todos sus encantos sin escatimar. ¿Luis lo estaría pasando tan bien como parecía mientras hablaba con ella? Le vio sonreír cuando Bella le contó cómo se le había roto la tira elástica de las braguitas de un biquini justo en el momento en que el fotógrafo hacía zoom sobre su trasero.
–¡Tres hombres se lanzaron a socorrerme, toalla en mano!
–No me extraña –dijo Luis.
Carly trató de sonreír, pero su boca parecía atascada en una mueca. El alcohol ya empezaba a hacerla sentirse cada vez más distante y disociada… como si fuera una espectadora en todo aquello. Bella miró el reloj con disimulo de pronto.

–¿Qué vais a hacer esta noche? No estaréis libres para cenar por casualidad.

–Lo siento –Luis le dedicó una sonrisa rápida–. Carly y yo tenemos un compromiso al que no podemos faltar –le dijo sin perder ni un segundo.

Carly parpadeó. ¿Qué compromiso era ese?

–Pero nos veremos otro día. Solo avísanos antes –agarró su teléfono móvil–. Y mientras tanto, haré que mi conductor te lleve de vuelta.

El gesto amargo de Bella no pasó desapercibido para Carly. A Luis no parecía hacerle mucho efecto, sin embargo.

Carly se puso su pareo para acompañar a Bella a la puerta. Un pánico frío crecía en su interior mientras esperaba el inevitable exabrupto de su hermana.

–¿Te das cuenta de que corres el riesgo de hacer el ridículo más grande de tu vida? –le dijo Bella en cuanto llegaron a la puerta.

–No sé de qué me hablas.

–¡Oh, por favor! Lo llevas escrito en la cara, y yo soy tu hermana. Te conozco mejor que nadie. Es evidente que te estás acostando con él y que no le quitas ojo de encima. No te culpo por ello. Es impresionante. Lo único que me sorprende es que él haya escogido a alguien como tú. No quiero ser cruel, Carly, pero necesitas oír la cruda verdad. Y vas hacia el desastre si no te contienes un poco, porque lo que hace él está muy claro.

–¿Y qué es lo que hace? –le preguntó Carly, que en ese momento se sentía como si estuviera hecha de madera.

–Está jugando a ser Pigmalión –dijo Bella–. Ha transformado a la mojigata de su ama de llaves en una chica que está encantada de tumbarse junto a la piscina, aunque apenas quepa en el biquini. Pero para él no es más que un juego. ¿Es que no lo ves? Lleva mucho tiempo aburriéndose, impedido físicamente, y hace todo esto para entretenerse. Te tirará a la basura con la misma facilidad con la que se encaprichó. ¿Y qué vas a hacer entonces?

Podría haberle dicho un millón de cosas a su hermana, pero Carly escogió aquello que se esperaba de ella.

–Gracias por el consejo. Lo tendré en cuenta. A lo mejor podemos vernos cuando regrese a Inglaterra.

Bella la miró como si esperara algo más. Al ver que su hermana guardaba silencio, prosiguió:

–Y espero que hayas recapacitado para entonces.

–Yo también lo espero.

Bella sacudió la cabeza y su melena rubia se movió en el aire.

–Estás loca, Carly Conner.

Carly la vio alejarse. Bella atravesó el patio frontal de la mansión y subió al coche que la esperaba en la puerta.

¿Qué iba a hacer a partir de ese momento? Carly dio media vuelta y echó a andar hacia la casa sin muchas ganas. Había dejado su copa de champán medio llena junto a la piscina, y aún tenía pendiente una conversación que era inevitable. No podía seguir esquivando la verdad indefinidamente.

Luis había estado nadando en su ausencia. Tenía el pelo empapado y el cuerpo cubierto de pequeñas gotas de agua. Caminó por el borde de la piscina y estiró un poco.

Carly tuvo una sensación desconocida hasta ese momento. Era como si la visión se le hubiera aclarado de repente, como si acabara de salir de la niebla de lujuria y amor que la había envuelto durante tanto tiempo, nublando su sentido común. Le vio como Bella debía de haberle visto; famoso, glorioso, rico. Era uno de los playboys más cotizados y había tenido amoríos con las mujeres más hermosas. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que podía ocupar ese lugar privilegiado durante mucho tiempo? ¿Cómo iba a conseguir que alguien como él la quisiera?

Él levantó la vista y sus miradas chocaron.

–Se ha ido –le dijo Carly sin más.

–Sí –hubo una pausa–. No se parece en nada a ti, ¿no?

–No mucho –Carly forzó una sonrisa–. ¿Te pareció guapa?

–¿Que si me pareció guapa? ¿Por qué me preguntas eso?

–La mayoría de los hombres la encuentra muy atractiva.

–¿Ah, sí? –su tono de voz sonaba ominoso–. ¿Qué pasa, Carly? ¿Crees que quería acostarme con tu hermana? ¿O es que piensas que tenía la fantasía de llevaros a las dos a la cama a la vez?

Carly se sintió como si una fina capa de hielo acabara de cubrirle la piel.

–¿Es así?

Luis apretó los puños.

–No. No es así. ¿Por qué clase de hombre me tomas?

–Sé qué clase de hombres eres. ¿Recuerdas?

–Puede que mi pasado haya sido de otra manera, pero te he tratado con mucho respeto desde que nos convertimos en amantes. He estado contigo todo el tiempo y he sido todo lo considerado que he podido. Pero parece que tú estabas deseando echármelo todo en cara insinuando que tenía ganas de tener una sórdida aventura con tu hermana.

–Yo no…

–¡Sí que lo has hecho! –fue hacia ella rápidamente. Su rostro albergaba una expresión de furia–. A lo mejor mi comportamiento en el pasado podría justificar que hicieras un juicio tan negativo de mí. Sé que no he sido ningún ángel, pero yo tengo mis límites.

–Luis…

–¿Crees que iba a repetir una traición así, después de todo lo que te conté de mi madre?

–Lo siento.

–Aunque pensaras tan mal de mí, ¿de verdad piensas tan mal de ti misma? ¿No has aprendido nada, Carly? ¿No has aprendido que el sexo no está mal, y que puedes ser tan hermosa y estar tan segura de ti misma como te propongas? –sacudió la cabeza–. Pero sigues siendo esa mujer asustada en el fondo, ¿no? Siempre estás deseando pensar lo peor de ti. ¿Por qué haces eso? ¿Echas de menos ese traje invisible que has llevado durante tanto tiempo? ¿Te resulta tan aterrador estar en el mundo real que estás buscando cualquier excusa para salir huyendo de él de nuevo?

Ella sacudió la cabeza una y otra vez. Sus acusaciones le caían encima como el granizo.

–A lo mejor tienes razón –le dijo, apartándose el cabello de la cara–. Pero, si estoy teniendo problemas para adaptarme a la normalidad, tal vez es porque nada de esto es normal. Me siento como alguien que ha saltado en la parte equivocada de la piscina. No es este mi sitio y no encajo aquí. Bueno, en realidad no encajo en ningún sitio.

–Entonces busca un sitio donde encajar –le dijo él en un tono serio y sombrío–. Eres una mujer inteligente. No me digas que estás pensando ir a la universidad para estudiar Medicina a la edad de veintitrés años para luego volver a convertirte en esa florecita marchita. Eres capaz de muchas cosas, Carly, de cualquier cosa, si tienes el coraje de extender la mano y agarrar lo que quieres.

Carly respiró profundamente. Tenía miedo de que las lágrimas salieran sin control cuando menos las necesitaba.

–Se te da muy bien dispensar consejos, ¿no, Luis? Pero me preguntó qué tal se te dará ponerlos en práctica.

Él dejó escapar una risotada amarga.

–¿Qué pasa? ¿Vamos a empezar un tira y afloja?

–No. Más bien se trata de restablecer el equilibrio, y no de apuntarse tantos. ¿Te preguntas por qué saqué conclusiones precipitadas respecto a mi hermana? Bueno, ¿por qué no iba a pensar algo así, cuando tú me dijiste con mucho énfasis que no creías que los hombres fueran capaces de ser fieles?

–Ahora sí que estás tergiversando mis palabras.

–¿Ah, sí? ¿No crees que más bien las estoy interpretando a mi manera? –le sostuvo la mirada–. Porque no creo que realmente creas eso. Creo que simplemente es una excusa tuya para mantenerte al margen de los compromisos.

–¿Una excusa?

–Sí –Carly bajó la voz hasta hablar en un susurro–. Creo que te hizo mucho daño lo que ocurrió con tus padres. Creo que te sentiste

completamente traicionado por la amiga de tu madre, y por tu padre, y a lo mejor incluso también por tu madre, por dejarse morir de esa manera. Creo que el dolor fue tan insoportable que juraste no dejar que nadie se acercara tanto nunca más. Y eso fue lo que hiciste. Viviste la vida que pudiste vivir, la vida que se esperaba de ti, el playboy con todas esas casas y mujeres. Pero nunca eran suficientes, ¿verdad? Nunca pudieron llenar ese agujero que había dentro de ti. Y al final del día, seguías solo. Y seguirás así si sigues como hasta ahora.

–¡Basta! –gritó Luis. De repente quería arremeter contra algo, romper algo. Quería estrellar el puño contra la estatua de mármol que estaba al otro lado de la terraza y ver cómo se rompía en mil pedazos–. Puede que estés pensando hacer Psicología, ¡pero estás muy desencaminada! ¿Se supone que así voy a desearte más, Carly? ¿Se supone que te tengo que estar agradecido por este análisis de la personalidad tan brutal que me acabas de hacer? ¿Crees que admiro tanto tu clarividencia que de alguna manera voy a ver la luz? ¿Y qué crees que va a pasar después? Hazme la escena completa para que pueda verlo con mis propios ojos. ¿Es ahora cuando me pongo de rodillas y te pido que te cases conmigo?

Carly le miró durante unos segundos, estupefacta. Sus palabras cáusticas eran como un filo que la cortaba por dentro.

Sacudió la cabeza.

–Puede que haya sido un poco ingenua, pero no soy estúpida. Y si alguna vez me casara con alguien, no sería con un hombre que ni siquiera tuvo el valor de verse a sí mismo como debía.

Luis arrugó los párpados y le clavó la mirada.

–¿Me estás acusando de no tener valor?

Carly negó con la cabeza.

–Oh, no hablo de la clase de coraje que te hizo estampar el pie contra el acelerador para atravesar un hueco tan pequeño que nadie había visto. Estoy hablando del coraje emocional que te haría falta para enfrentarte a todos tus demonios y enterrarlos de una vez, tal y como he hecho yo. Siento haber dicho eso de Bella. Solo era un vestigio de mi pasado. No tenía derecho a acusarte de eso, y debería haber sido lo bastante fuerte como para hacerle frente.

Carly sabía, sin embargo, por qué había dejado sin respuesta las preguntas de Bella. No había sido capaz de defenderse porque no creía en la fuerza de lo que había entre Luis y ella. No quería ver alegría o pena en el rostro de su hermana cuando todo terminara, y su instinto la había llevado por buen camino.

–De todos modos, al menos esto nos ha dado el final que era inevitable, como sabíamos los dos, aunque no haya sido tan amigable como hubiéramos querido. Los dos sabemos que no puedo volver a ser tu ama de llaves.

Hubo una pausa larga antes de que Luis volviera a hablar.

–No. Supongo que no –le lanzó una mirada esquiva–. ¿Qué vas a hacer entonces?

Carly se tomó un segundo para recuperar la calma, para comportarse como si estuvieran hablando del tiempo.

–Buscaré otro trabajo hasta septiembre. Para entonces debería tener todo el dinero que necesito para poder alquilar una casa.

Él frunció el ceño.

–Pero tú me dijiste que ya tenías un sitio guardado, así que, en teoría, podrías ir en septiembre, si tuvieras el dinero.

–Pero no lo tengo.

–Lo tendrías si yo te lo diera. Y antes de que digas nada, no. Puedo permitírmelo y quiero hacerlo. Por favor, Carly. No dejes que el orgullo te impida tomar aquello que sí te puedo dar. Al menos de esa forma tendrás tu final feliz.

Ella le miró a los ojos. No era la única ingenua. ¿De verdad pensaba que ese era su final feliz? Pensó en el padre que le había traicionado, en la madre que se había esfumado antes de tiempo. Pensó en lo solo que estaba, entre todos sus trofeos y sus casas. Tenía suficiente dinero en el banco para asegurarles el futuro a los hijos que nunca tendría.

–Muy bien. Lo acepto. Y quiero que sepas que te estoy muy agradecida por tu generosidad, en todas sus formas –Carly tomó una bocanada de aire, pero las palabras le salieron sin aliento.

–Pero deberías saber algo más, Luis. Deberías saber que yo he llegado a quererte. Y lo siento, porque sé que es lo último que querías. Yo no quería enamorarme de ti, pero en algún momento pasó. Y no lo digo porque quiera nada a cambio, porque no es así. No espero nada. Lo digo porque, en el fondo, eres una persona a la que se puede querer fácilmente. Y tienes que creértelo. No es porque seas sexy, o rico, y no es porque tengas toda una habitación llena de trofeos y porque sepas pilotar un avión. Es fácil quererte porque eres un hombre agradable, cuidadoso, cuando te permites serlo. Y a lo mejor un día empiezas a creer en ello lo suficiente como para abrir tu corazón y dejar entrar a alguien.

Sus palabras se ahogaron en el silencio. Luis permanecía en silencio. Carly creyó ver un haz de luz en su mirada durante una fracción de segundo, pero no duró mucho.

De repente, sonrió. Esbozó una de esas sonrisas encantadoras como si acabara de apretar un interruptor.

–Una hipótesis interesante –dijo en un tono de voz que denotaba aburrimiento–. Pero ya sabes que no me interesan todas esas teorías emocionales que os gustan tanto a las mujeres. Todo lo que puedo decirte es que creo que vas a ser un médico muy bueno.

Carly le miró fijamente. Había ignorado por completo lo que

acababa de decirle. Había tratado con desprecio sus palabras, pero… ¿Cómo hubiera podido hacer otra cosa? ¿Por qué se sorprendía tanto si solo estaba siendo sincero consigo mismo? Lo de las emociones no era para él, y nunca lo sería. Se lo había dicho desde el primer momento.

Carly dio media vuelta y regresó a su habitación. No quería humillarse todavía más dejando que la viera llorar.

Capítulo 11

Luis miró a través de la ventana sin ver el gris sombrío de aquel día de noviembre. ¿Por qué se sentía así? Era como si tuviera un peso enorme sobre los hombros que le impedía avanzar. Algo le corroía por dentro, pero no sabía cómo arreglarlo. Y no tenía sentido. Había estado muy ocupado desde que se había despedido de Carly y la había mandado de vuelta a Londres.

Tras dejar la Costa Azul había viajado a Nueva York. Allí había contratado a un entrenador personal y no había tardado mucho en ponerse al volante de nuevo. Incluso había ganado un trofeo de una carrera benéfica.

Recordaba haber mirado el premio y haber pensado que por esa época ella debía de estar empezando en la universidad.

Ella. Siempre era ella. Y no podía dejar atrás esa sensación de decepción que se apoderaba de él cuando caía en la cuenta de que no se había molestado en contactar con él para darle la enhorabuena.

Sabía que su relación había terminado. Él mismo le había puesto fin. Pero la carrera había salido en la prensa, en las noticias de todo el mundo…

No había recibido nada, sin embargo, ni una llamada, ni una postal.

Nada.

Recordaba haber sentido una rabia creciente e inexplicable. Después de todo lo que había hecho por ella, ni siquiera se había molestado en comunicarse con él para decirle «bien hecho».

Luis se había refugiado en el trabajo. Se había entregado a todas las tareas nuevas con el entusiasmo de alguien que acababa de empezar, pero algo había cambiado dentro de él, algo que no esperaba. De repente había empezado a ver las cosas desde otra óptica. Había empezado a hacer cambios que llevaban mucho tiempo fraguándose. Había vendido dos de sus casas y un gran espacio de oficinas en Manhattan. Se había dado cuenta de que prefería vivir la vida sin esa corte de adoradores que le acompañaba a todos sitios, y por tanto había decidido prescindir de unos cuantos miembros de su equipo. Diego no dejaba de mirarle con ojos de incredulidad y no hacía más que preguntarle si se encontraba bien.

¿Se encontraba bien?

No lo sabía con certeza.

Todos sus pensamientos giraban en torno a Carly.

Carly, desnuda en sus brazos… hablando con esa voz suave y dulce… deslizando un dedo por su barbilla y tomándole el pelo…

Había intentando aturdirse un poco asistiendo a muchas fiestas, y había muchas a las que ir. Podía elegir entre fiestas salvajes junto a la piscina y reuniones más íntimas que se celebraban en áticos minimalistas de Nueva York. Pero no era capaz de meterse en una piscina sin pensar en ella. No podía meterse en la cama sin pensar en ella.

Y de repente se encontraba de vuelta en Inglaterra, en una segunda ronda de entrevistas para encontrar a una nueva ama de llaves.

De repente se abrió la puerta. Era Diego. Su rostro lanzaba una pregunta.

–¿Le digo a la primera candidata que entre, jefe?

Luis ya se estaba levantando, sacudiendo la cabeza.

–No –dijo en un tono cortante–. Olvídate de las entrevistas.

–Pero…

–He dicho que te olvides. Tengo algo que hacer –el corazón se le salía del pecho cuando se guardó el teléfono. Agarró su chaqueta–. Tengo que ir a un sitio.

Condujo hasta Southampton en su flamante deportivo rojo, rozando el límite de velocidad. El cielo estaba encapotado y caía una fina llovizna. Faltaba poco para las doce de la mañana, pero todos los coches tenían las luces encendidas.

La facultad de Medicina estaba situada a las afueras de la ciudad. Cuando llegó, ya casi era la hora de comer. Se subió el cuello del abrigo de piel y se dirigió hacia la puerta. Grupos de estudiantes pasaban por su lado.

¿Por qué no se había molestado en llamarla primero?

«Ya sabes por qué no la has llamado. Podría haberte mandado al infierno y lo merecías».

Luis se abrió camino hasta la oficina de información. La chica que estaba tras el escritorio se puso roja cuando le preguntó dónde podía encontrar a una estudiante de primer curso llamada Carly Conner.

–No… No podemos dar esa clase de información –le dijo, tartamudeando.

Luis se inclinó sobre el escritorio y esbozó la sonrisa que nunca le fallaba.

–¿Cree que a la facultad de Medicina le vendría bien recibir una donación?

La secretaria asintió.

–Entonces, ¿por qué no me dice dónde puedo encontrar a Carly Conner?

Los alumnos de primer curso ya se habían ido a comer, así que Luis

salió corriendo, dejándola con la palabra en la boca.

La cafetería estaba llena de gente. Luis miró a su alrededor y entonces la vio. Al principio le costó reconocerla, no obstante. Parecía tan distinta. Reía mientras hablaba con un pequeño grupo de gente y llevaba una mochila repleta de libros a la espalda.

Luis sintió que el corazón se le encogía mientras la observaba. Alguien debió de reconocerle en ese momento porque todo el mundo comenzó a volverse hacia él. Desde el otro lado del concurrido patio, vio cómo palidecía el rostro de Carly. Acababa de verle y le devolvía la mirada.

Al principio no se movió, ni él tampoco. Era como si la sangre se le hubiera congelado en las venas, como si fuera a quedarse pegado a ese lugar para siempre. Echó a andar hacia ella. Las piernas le pesaban más de la cuenta, como si estuvieran hechas de madera.

Los estudiantes se habían colocado a su alrededor, formando un semicírculo. Uno de los chicos, una especie de Adonis de pelo rubio y ojos azules, no hacía más que sacar pecho.

Ella levantó la barbilla de pronto y Luis pudo ver por qué parecía tan distinta. Había cambiado en muchos sentidos, sutiles, pero perceptibles. Todavía llevaba el pelo largo, pero se había hecho una complicada trenza que le caía sobre un hombro. Además, ese día sí llevaba maquillaje. No era mucho. Solo era máscara y algo de brillo de labios. Estaba… radiante.

Con sus vaqueros y la chaqueta corta conseguía mezclarse con la multitud, pero siempre sobresalía. Luis no tardó en darse cuenta de por qué había rechazado toda aquella ropa cara que le había comprado. En su nueva vida no había sitio para esa clase de prendas. De repente recordó aquel precioso vestido amarillo y blanco que todavía colgaba de una percha en el armario de su casa de Niza.

–Hola, Carly.

Ella le miró con una expresión seria, reservada. No parecía alegrarse mucho de verle. De hecho, eso era poco decir. Se había quedado blanca como la leche y sus ojos parecían estar hechos de hielo.

–No te voy a preguntar por qué estás aquí –le dijo en voz baja–. Porque está claro que has venido a verme, pero podrías haberme avisado, Luis.

Luis no esperaba una reprimenda y la sorpresa no fue pequeña. Cualquier otra mujer se hubiera lanzado a sus brazos, pero ella no.

–Pensé que, si te hubiera avisado, no habrías querido verme. ¿No es así?

Ella se encogió de hombros como si todo aquello le fuera indiferente.

–No lo sé.

El Adonis dio un paso adelante, pero Carly sacudió la cabeza de

nuevo.

–No. Estoy bien.

–Tengo que hablar contigo, Carly –le dijo Luis–. En privado –añadió, dedicándole una mirada de pocos amigos al rubio de ojos azules.

Carly titubeó y miró el reloj. En sus ojos, Luis veía emociones que no reconocía.

–Tengo media hora hasta mi próxima clase, así que tendrás que darte prisa.

–Yo pensaba que nunca eras puntual.

–Eso era antes. He cambiado –le dijo, mirándole con ojos desafiantes–. Podemos dar un paseo. Vamos.

Un silencio absoluto se cernió sobre el patio de repente, pero Luis apenas fue consciente de ello. La hierba estaba empapada y las ramas desnudas de los árboles surcaban el cielo gris.

–¿Qué estás haciendo aquí, Luis?

El aliento de Carly formó una nube enorme en el aire frío de invierno.

Luis tragó con dificultad. No había pensado qué iba a decirle porque creía que su encuentro con ella iba a ser una especie de catarsis. Pensaba que le bastaría con una mirada para darse cuenta de que el viaje no había merecido la pena. ¿Por qué llevaba tanto tiempo sin poder dormir, sin pensar en nada que no fuera Carly Conner, su mente inteligente y su cuerpo suave?

Las cosas no le estaban saliendo tal y como había esperado, sin embargo. El corazón se le había encogido en el pecho. Era como si le estuvieran sacando toda la sangre de dentro y el pulso se le aceleraba cada vez más. La miró a los ojos, esos ojos que parecían dos pedacitos de hielo.

–Te quiero –le dijo de repente–. Te quiero, Carly Conner.

Carly sacudió la cabeza y apretó los puños.

En ese momento deseó no haberse dejado los guantes en casa ese día porque acababa de clavarse las uñas en la palma de la mano. Ese dolor agudo, no obstante, le sirvió para concentrarse, para saber adónde debía apuntar con su rabia. Lo único a lo que podía aferrarse en ese momento era la rabia. Le fulminó con la mirada. ¿Cómo se atrevía a presentarse allí de repente, irrumpiendo en su vida de esa manera? ¿Cómo se atrevía a aparecer en la facultad? ¿Acaso quería romperle el corazón de nuevo?

–Lo del amor no es para ti, ¿recuerdas? Es la prioridad número uno en tu lista de requisitos para tus amantes. No deben esperar nada parecido de ti, ni campanas de boda ni nubes de confeti. Tus palabras, Luis… Esas fueron tus palabras. Y yo no tengo tiempo para declaraciones de amor sin sentido. Si necesitas sexo, entonces búscate a alguien que te lo pueda dar. No creo que sea un problema para

alguien como tú.

Carly echó a andar, pero él la agarró del brazo. Ella trató de zafarse, pero no lo consiguió.

–Tienes razón. Lo del amor no era para mí –le dijo él, sin soltarla–. Porque nunca antes me había pasado. Pensé que nunca podría pasarme. El amor siempre me había parecido algo negativo, destructivo y oscuro, lleno de dolor, mentiras y traición. No me daba cuenta de que te puede hacer sentir parte de algo más grande que tú mismo. No entendía que te puede hacer sentir vivo. Y tú me has enseñado eso, Carly. Me lo enseñaste como nadie.

–Basta –le susurró ella–. Por favor, Luis. Vete.

Él sacudió la cabeza.

–No me voy a ninguna parte hasta que hayas oído lo que tengo que decir. Te echo mucho de menos, más de lo que puedo expresar con palabras. Nada parece tener sentido sin ti, y yo fui un idiota dejándote marchar.

–No me dejaste marchar. Me apartaste de ti. Sabes que lo hiciste.

–Sí, lo hice. Soy culpable de eso, así que a lo mejor no me merezco tu amor por eso. A lo mejor no merezco una segunda oportunidad porque te lo eché todo en cara –Luis tragó con dificultad–. Así que, si me dices que ya no me quieres y que no me quieres en tu vida, daré media vuelta y me iré de aquí. No volveré a molestarte. Te doy mi palabra.

Ella le miró fijamente y tomó aliento.

–No te quiero.

–No te creo.

–Maldito bastardo arrogante.

–Si no me quisieras, no me mirarías de esa manera. No me pedirías con la mirada que te abrace, y no entreabrirías los labios porque quieres que te bese.

–Luis…

Carly le miró a los ojos. Sus labios temblaban. Él extendió una mano y la estrechó entre sus brazos.

–Contéstame con sinceridad. Eso es todo lo que te pido. ¿Todavía me quieres, Carly? ¿Te casarás conmigo y tendrás hijos conmigo?

–¿Hijos?

Carly se apartó de él y frunció el ceño.

–Voy a ser médico, Luis. He trabajado duro para llegar hasta aquí y no pienso renunciar a ello. Me quedan seis largos años de estudio, seis años durante los que tendré que vivir en el sur de Inglaterra. Tú, en cambio, seguirás con tu vida de la jet set. ¿Crees que algo así va a funcionar? No lo creo.

–¿No crees que es posible? Cualquier cosa es posible si lo deseas lo suficiente. Créeme. Y yo te quiero más de lo que he querido a nadie en

mi vida. Respeto tu ambición y estoy listo para apoyarte, para darte todo lo que necesites. Sé que hay dificultades prácticas que superar, pero creo que son completamente irrelevantes. Solo hay una cosa que es importante, y es mi siguiente pregunta. Creo que me debes una respuesta sincera. ¿Todavía me quieres, Carly?

Carly guardó silencio durante unos segundos. Era como si supiera que su mundo iba a cambiar sin remedio. De repente sintió cómo retumbaban los latidos de su propio corazón. Sus botas de piel parecían hundirse en la hierba empapada. A su alrededor solo veía árboles desnudos y una bandada de pájaros surcaba el cielo en ese momento. Se preguntó adónde se dirigían. Se fijó en la expresión de Luis. Tenía los párpados encogidos y las líneas que recorrían los lados de su boca parecían más profundas que nunca. Una fina llovizna se había depositado sobre su cabello negro. Las gotas de agua brillaban como diamantes.

Pensó en todas las lágrimas que había derramado desde que se había marchado de Francia. Pensó en el enorme hueco que había quedado allí donde estaba su corazón. Pensó en lo mucho que había echado de menos esas conversaciones afiladas que solían mantener. Pensó en un millón de cosas.

Serían muchas las dificultades que aparecerían si realmente le decía lo que parecía querer oír. ¿Cómo iban a compatibilizar dos vidas tan distintas?

De repente recordó lo que él acababa de decirle.

«Cualquier cosa es posible si lo deseas lo suficiente».

Con Luis, eso era verdad.

Asintió con la cabeza, conteniendo las emociones que estaban a punto de desbordarse dentro de ella.

«No voy a llorar, porque tengo una clase de anatomía a la que asistir».

–Sí, te quiero, Luis Martínez. Intenté no hacerlo, pero al final no pude resistirme.

–¿No?

–No. Fuiste como una enfermedad para la que no existía antídoto y, una vez entraste en mi sangre, no pude librarme de ti. Y aún no he podido.

–¿Así de malo es? No es la declaración de amor más romántica que he oído, pero sin duda es la más original. No esperaba otra cosa de ti, mi dulce Carly.

En ese momento las lágrimas salieron sin control y Carly no pudo hacer nada para contenerlas. Corrieron por sus mejillas y le cayeron sobre el cuello de la chaqueta como si fueran gotas de lluvia. Pero Luis estaba allí para secárselas, para besarla, y una vez comenzaron a besarse, ya no hubo vuelta atrás. La estrechó entre sus brazos y la

sujetó con fuerza.

Ella puso las manos sobre sus hombros, su pelo, su rostro. No podía creer que estuviera allí, frente a ella, pero sí estaba. Y aunque fuera una locura, sí creía en lo que le había dicho.

Carly llegó a tiempo a la clase de anatomía, tan solo unos segundos antes de que empezara.

Epílogo

Estás despierta?

Carly dejó escapar una risotada juguetona y abrió los ojos.

–Ahora sí.

–¿Te he despertado?

–¿No era esa tu intención cuando empezaste a jugar con mis pechos de esa manera?

Él sonrió.

–¿Quieres que pare?

Ella suspiró y cerró los ojos.

–¿Tú qué crees?

–Creo que nunca terminas de fascinarme, doctora Martínez, y te quiero mucho. Quiero que sepas que los últimos seis años han sido los mejores de mi vida.

Ella abrió los ojos de repente y se mordió el labio. Como siempre, la expectación la embargaba. Nunca se cansaba de oírle decir esas palabras.

–¿En serio?

–Ya sabes que sí, querida.

Carly sabía que lo decía de verdad, porque esos seis años también habían sido los mejores para ella.

No había sido fácil adaptar la vida de Luis para que hubiera sitio para ella y su carrera, pero las mejores cosas de la vida eran aquellas por las que más había que luchar. Y Luis quería que consiguiera su sueño tanto como ella. Estaba orgulloso de ella por todo lo que había logrado con tanto esfuerzo y se lo había dicho muchas veces.

En esos momentos no viajaba apenas y había establecido su cuartel general en Inglaterra. Desde su finca de Hampshire, situada junto al mar, manejaba su última aventura empresarial, una compañía de cruceros transoceánicos y un próspero negocio de yates. En cuanto al resto de sus responsabilidades, en algún momento había empezado a delegar en otras personas. Sus empleados eran los mejores, personas que daban lo mejor de sí mismos, y gracias a eso la fundación Martínez se había convertido en un negocio floreciente.

El clima de Inglaterra nunca había llegado a convencerle, y por eso iban de vacaciones muy a menudo a lugares más soleados. En muchas ocasiones Carly terminaba leyendo un libro de hematología en la

playa, junto a un mar de aguas cristalinas del Caribe.

Carly suspiró. El pulgar de Luis trazaba pequeños círculos sobre uno de sus pezones. Un río de luz inundaba la habitación a través de la ventana, iluminando la enorme cama en la que yacían. Le encantaba esa casa. Estaba junto al mar, no muy lejos de la escuela de Medicina. Se había graduado la semana anterior, y con honores.

Pero antes de la ceremonia de graduación había tenido lugar la boda. Carly se había negado a casarse en medio del semestre y Luis no había tenido más remedio que aceptar. Se había vuelto loco con todos los preparativos. Había pasado toda su vida huyendo del matrimonio, pero casarse con ella se había convertido en su máximo deseo al final. El problema era que se había enamorado de una mujer que parecía resistirse a llevar su anillo.

–Pero tú crees que los hombres son incapaces de ser fieles, ¿no? –le había dicho ella en un tono sarcástico.

–Has empleado el tiempo verbal incorrecto. Creía que no, hasta que te conocí.

Cuanto más intentaba convencerla para que cambiara de idea, más firme se ponía ella, pero su testarudez no le hacía sino quererla más.

Al final había accedido a convertirse en su esposa justo antes de la graduación. Le había dicho que quería llevar su apellido y oír cómo la llamaban doctora Martínez.

La ceremonia había tenido lugar en una pequeña capilla gris situada junto a uno de esos valles verdes que abundaban en Hampshire. Carly había llevado rosas blancas en el pelo y un vestido sencillo. El sonido del fino tejido, al rozarse contra los adoquines, la había acompañado hasta el altar.

Bella había estado allí. Los celos que la embargaban en un principio habían dado paso a un interés repentino por todos los amigos de Luis presentes en la boda, esos amigos de la jet set que tanto le gustaban. El sultán de Qurhah había asistido al evento, con su preciosa esposa y su hijo recién nacido. Niccolo da Conti y Alekto Sarantos, los hombres más apuestos y ricos de toda la comitiva, se habían convertido por tanto en el centro de atención de la joven modelo.

–Buena suerte con eso –había comentado Luis con ironía al verla dirigirse hacia Niccolo.

Carly siguió la dirección de su mirada.

–Pero es soltero, ¿no?

–Sí, es soltero –Luis se rio–. Pero, si te pareció que yo tenía fobia a los compromisos, es que no conoces a Niccolo da Conti.

–¡Pero tú resultaste ser el hombre con menos fobia al compromiso de todo el planeta!

–Porque conocí a la única mujer que podía hacerme cambiar de opinión.

–Oh, Luis.
–Oh, Carly –murmuró él.
Su madre también había asistido a la ceremonia. No había dejado de sorprenderse en todo momento ante la suerte de su hija. Para ella tener un marido rico era la gran prioridad. Que su hija acabara de convertirse en médico, en cambio, no parecía tener ningún valor. Carly decidió guardar silencio al respecto, no obstante. Había cosas que siempre seguirían igual y era mejor no perder el tiempo intentando cambiarlas.
Había aprendido mucho, tanto en la universidad como fuera de ella. Su amor por Luis no hacía más que crecer cada día y quería tener un hijo con él. Un hombre con el corazón herido solo necesitaba el amor constante de una mujer para curar sus heridas, y ese amor era infinito y sin límites.
A veces podían ocurrir cosas con las que nadie se atrevía a soñar siquiera, y ella estaba viviendo ese sueño, junto a Luis. Él ya no quería vivir a toda velocidad. Aquellos días de «La Máquina Sexual» habían terminado. En una ocasión él le había dicho que no creía que una sola mujer pudiera serlo todo para un hombre, pero eso había cambiado.
–Ven aquí –le dijo en un susurro–. Quiero que oigas algo.
Carly sonrió y se volvió hacia él.
–¿Qué es?
–Te quiero –le dijo, rodeándole la cintura con ambos brazos–. Te quiero.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

